

Identidades demográficas del poblamiento y de los pueblos indígenas. Un análisis contextual

Daniel Delaunay*

EMPRENDER el estudio de las identidades demográficas indígenas es, de entrada, plantear la hipótesis de que la etnia es una categoría de análisis útil para el demógrafo (varios autores, 1985). ¿Vale plantear, a propósito del grupo étnico, las preguntas que normalmente van dirigidas a los grupos socioeconómicos? ¿Será siquiera posible contestarlas? Si el tema surge en las naciones modernas, es cada vez más por las presiones de minorías que reivindican la identidad que las une o las distingue y luchan contra las discriminaciones que las afectan. Se lo preguntan por ejemplo las naciones desarrolladas¹ que reciben migrantes, cuando tienen que evaluar y entender lo que distingue a las poblaciones de extranjeros, reconocidas por lo tanto como “en vías de etnicización” (Blum, 1998; Hirschman *et al.*, 1999). México, país sacudido hasta nuestros días por rebeldías indígenas, se plantea interrogantes similares al proponerse atenuar la ancestral marginación del pueblo indígena, que sus propios movimientos políticos denuncian. Hoy día, establecer estadísticamente posibles especificidades demográficas indígenas se justifica tanto más cuanto que los movimientos identitarios se las apropian, las inventan a veces o corren el riesgo de fortalecerlas; se encuentran enfrentados a las diásporas migratorias (Kearney, 1995).

El temor que puede suscitar esta categorización con connotaciones raciales se justifica, y no sólo por razones éticas.² Es por otra parte, en efecto, una hipótesis fuerte la de presuponer un efecto propio de la variable étnica, aislado de las discriminaciones (en el sentido estadístico) generadas por

*Institut de Recherche pour le Développement. Traducción: Tessa Brisac.

¹Véase, por ejemplo, *Population* (INED, 3-1998), entrega dedicada a “la variable étnica como categoría estadística”.

²La ley francesa del 6 de enero de 1978 (art. 31) prohíbe la conservación en memoria informática de los datos nominales que hacen mención de los orígenes raciales de las personas.

las clases sociales, las categorías profesionales o el desigual desarrollo regional. Esto, suponiendo superado el obstáculo de la definición estadística de la etnia y de su medición. Aparecen entonces dificultades analíticas bien planteadas por la antropología y mal resueltas por la demografía: el bilingüismo es una práctica personal, que implica una modelización estadística basada en el individuo, pero declararse bilingüe, como testimonio del sentimiento de pertenecer a un pueblo indígena, depende del contexto social o espacial, al que también hay que modelizar. El presente trabajo propone una evaluación estadística de lo que define la identidad indígena. El enfoque cuantitativo, aunque elemental se justifica porque permite dar cuenta de la dimensión espacial de las discriminaciones demoeconómicas (al considerar al conjunto de los mexicanos y no sólo a una comunidad aislada), controlar los determinantes obvios (efectos de la edad, del género) o exógenos (mercado del trabajo, geografía de las inversiones). La primera parte reúne consideraciones más metodológicas en cuanto a la construcción del modelo contextual multinivel y la definición de los lugares del asentamiento indígena. La segunda, usando fuentes diversas, describe las tierras indígenas según una división étnica que enfatiza su diversidad y subraya el peso negativo del factor territorial en la población bilingüe. La tercera parte desarrolla una modelización que asocia dos niveles de observación, el individuo y su entorno territorial, primero mediante la búsqueda de las características de la población bilingüe en cada región étnica identificada, después con la introducción de la categoría étnica en un modelo multinivel de la fecundidad.

UNA DEMOGRAFÍA INDÍGENA CONTEXTUAL

La necesidad de un análisis contextual

El primer obstáculo, consiste en definir la pertenencia étnica de un individuo, problema de identificación que se antepone al de la identidad. Las estadísticas recientes no ofrecen opciones: el único marcador disponible es el de la lengua vernácula hablada, o conocida, sea de manera exclusiva o no.³ En un carácter individual, la construcción de un modelo estadístico se tiene que intentar en este nivel individual. Pero la objetividad del marcador, que depende de lo que decida declarar el informante, es incierta: habrá medios que inciten más que otros a presumir de un origen indígena. Queda

³No se distinguirá a los individuos que sólo hablan la lengua vernácula y no el español.

claro, por lo tanto, que el censo maneja una definición de la “identidad indígena” en la cual se confunden los dos componentes aislados por la antropología: una dimensión esencial, individual, herencia de los padres o adquirida al nacer (la lengua materna en este caso) y la dimensión instrumental, contextual, que influye en la sensación de pertenencia étnica. Es fundamental esta distinción y era preciso conservarla aunque sea inasible estadísticamente. La solución que el presente estudio adopta se sustenta en el hecho de que los rasgos culturales o demoeconómicos de la etnia se construyen en parte en un marco territorial (Barth, 1995; Wade, 1997). El lugar y los recursos compartidos por el grupo, tanto como los intercambios con grupos vecinos o como el mimetismo, contribuyen en fraguar una similitud de comportamientos o de valores. Ésta interesa al demógrafo siempre y cuando le vaya dando rasgos específicos a la población local, “indígena” en el sentido geográfico. La dimensión territorial, igualmente, se vuelve fundamental si uno admite que los lugares, lo mismo que los hombres, no son iguales y que los asentamientos indígenas, productos de la historia, se reparten en el territorio nacional de forma no aleatoria y menos aún equitativa. La distinción que el título plantea entre “el poblamiento” con enfoque espacial y los pueblos indígenas conformados de individuos traduce ese propósito de distinguir dos niveles de observación y de construcción de modelos: la población indígena y los contextos en los cuales residen.

El criterio territorial se afinará al proponer una subdivisión étnica entre una veintena de regiones; también, pero sólo en limitadas ocasiones, se recurrirá a la división por municipios. Otros niveles locales serían pertinentes y sin duda necesarios; el contexto comunitario es el que prefiere la antropología (Martínez Luna, 1995) pero no se puede aislar en las estadísticas nacionales. La ponencia mantendrá esta distinción entre el espacio del poblamiento y la población de los indígenas, destacando las respectivas dificultades y aportaciones del enfoque territorial y del enfoque individual y sobre todo de su combinación en un análisis multinivel. Empezará con el análisis de los lugares, prolongando así los anteriores trabajos de demografía indígena (Valdés, 1988; Embriz, 1993) que no tenían acceso a los boletines individuales del censo y tenían que conformarse con los datos agregados a nivel municipal. Una vez definidas las principales regiones étnicas, se tratará de saber si presentan singularidades demoeconómicas y culturales. Las poblaciones que en ellas viven ¿realmente son más pobres o más desprovistas en cuanto a infraestructuras sanitarias o educativas, a inversiones productivas? ¿Cuál es el calendario

de su transición demográfica desde 1930? Por el lado estrictamente descriptivo, el enfoque territorial tiene la ventaja de contar con una base documental mucho mejor: puede aprovechar los *inventarios* disponibles del medio natural, los resultados de los censos agropecuarios o de los censos económicos. En cambio, sus perspectivas analíticas topan con el sesgo ecológico, o sesgo de agregación: es un error construir a partir de los promedios municipales el modelo de unas relaciones que se establecen, y tienen que comprobarse, en el nivel de los individuos (Robinson, 1950; Piantadosi, 1994). La categoría étnica desaparece dado que los valores regionales reflejan amalgamas de poblaciones desigualmente mestizadas. Esos datos, sin embargo, son útiles para describir, incluso modelizar, el contexto socioeconómico que suponemos puede modificar los comportamientos individuales.

En cuanto a la construcción de modelos individuales, se restringirá al censo de población de 1990, en el que sólo aparece un número limitado de variables demoeconómicas. Tanto la Enadid de 1992 como la encuesta de 1995 omiten la pregunta sobre pertenencia étnica o práctica de lenguas vernáculas,⁴ silencio muy lamentable para nuestra investigación. Así que el análisis tendrá que conformarse con una información censal lejana ya, transversal y sin comparación posible en el tiempo. Además es preciso admitir que el tratamiento de dicha información tropieza con dificultades técnicas debido al tamaño de la muestra censal, por la cantidad de no respuestas y por la categorización detallada que maneja el INEGI,⁵ que resulta en varias modalidades vacías para los individuos bilingües. Hay que adaptarse a la heteroscedasticidad (inconstancia de la varianza) de los datos,⁶ manejar el carácter no lineal de algunas relaciones. Tales dificultades se suman a los interrogantes teóricos sobre las relaciones entre el individuo y su entorno social y geográfico.

La construcción del modelo multinivel

Un análisis que asocie observaciones realizadas a nivel individual con variables contextuales territoriales se puede realizar mediante modelos mul-

⁴Omisión sorprendente, sobre todo si recordamos que el conteo (realizado en las mismas fechas y del que se sacó la muestra de la encuesta) sí registra esta información. Una muestra de aquel minicenso no está disponible y es imposible asociar la dos fuentes para reconstruir el bilingüismo de los mexicanos seleccionados por la encuesta de 1995.

⁵Cuando se entra al detalle del análisis, uno se encuentra rápido con categorías vacías (por ejemplo, en tal territorio no hay indígenas en la categoría de profesionales), que complican la construcción del modelo y hasta un simple análisis de la varianza (entre otros el cálculo de los promedios según mínimos cuadrados).

⁶Cuando la varianza de la variable dependiente varía en función de una de las variables explicativas.

tiniveles (también llamados mixtos o jerárquicos) que tienen más de 10 años de desarrollo en las ciencias de la educación y del medio ambiente (cfr. *infra*). Al considerar dos niveles, suponemos una doble complejidad en la construcción del modelo: hay que formular hipótesis tanto sobre las relaciones entre las variables individuales (por ejemplo, entre fecundidad y educación) como sobre las que asocian a los individuos con su entorno.

a) *El papel de la variable étnica*

Para un demógrafo, hay varias maneras posibles de considerar la etnia al lado de las variables socioeconómicas: depende si su propósito es identificar a la población bilingüe gracias a los datos censales (en cuyo caso construye un modelo al que se podría llamar “identitario”) o si se trata de usar el bilingüismo como una variable, entre otras, para predecir tal o cual comportamiento demográfico. La ventaja del segundo método es que se puede conocer mejor los determinismos que actúan en el caso estudiado y por lo tanto, poner a prueba la influencia del bilingüismo controlando el impacto de los demás factores influyentes conocidos. En el modelo identitario, es difícil la selección de las variables y de los efectos categoriales porque presentan interacciones, fuertes en el caso de los factores demoeconómicos. Considerar todas las variables violaría la necesaria hipótesis de su independencia; elegir algunas llevaría a un modelo insuficientemente determinado⁷ e irremediablemente arbitrario ya que la elección final de las variables incluidas derivará del orden de su introducción. Podría prevalecer la tentación natural de dar prioridad a los indicadores culturales, más afines a una identificación antropológica, dejando de lado el perfil demográfico que aquí nos ocupa. Los factores históricos, geográficos, económicos que están fuera del control directo del individuo se clasificarán sin dificultad entre las variables contextuales, pero aquí también será preciso operar una selección, lo cual implica formular hipótesis en cuanto a la influencia de dichos factores sobre los individuos. Tales interrogantes sólo se resolverán caso por caso, en cada tema tratado. Pero el ejercicio mostrará que basta muchas veces comparar a los individuos en un mismo contexto territorial étnico para poner en evidencia la similitud de comportamientos.

b) *Efectos “composicionales” y efectos contextuales*

La decisión de dar al espacio un papel central para poner a prueba las diferencias individuales se justifica, considerando la gran concentración

⁷ Y que podría proporcionar parámetros de regresión sesgados si llegan a subsistir interacciones entre las variables omitidas y las incluidas.

geográfica de la presencia indígena, mientras el mestizaje prevalece en un espacio mucho más extenso, en lugares en los cuales las personas de origen indígena son minoría. Para construir un modelo de las interacciones entre el territorio y la población, hace falta combinar los dos niveles de observación para luego formular hipótesis sobre la naturaleza de la interacción (Jones y Duncan, 1995). Estas relaciones actúan de manera recíproca: por un lado los individuos conforman el contexto territorial y lo moldean según sus características (la población es en promedio más rica, o más sedentaria); este contexto, a su vez, modifica los comportamientos individuales: por tal nivel dado de ingreso, le conviene más a una persona vivir entre ricos que entre indigentes. Estamos, pues, frente a dos efectos recíprocos, un efecto “composicional” y un efecto contextual, a los que el modelo deberá distinguir. Aquí es donde el análisis multinivel se vuelve imprescindible, ya que descompone la heterogeneidad (la varianza) entre los individuos y entre los grupos, las regiones en este caso. Tomemos una estadística del ingreso declarado por las personas en el censo. Si las hipótesis lo justifican, esta variable se introducirá en los dos niveles del análisis de la fecundidad, por ejemplo. En la ecuación individual, entrará a reducir el componente aleatorio en el nivel elemental de las mujeres (el ingreso “explica” una parte de la variación de su fecundidad) y posiblemente las diferencias regionales de fecundidad (efecto “composicional”). En la ecuación de nivel superior, la misma medida agregada (el promedio de los ingresos en el municipio) reducirá, a su vez, el componente individual de la varianza, orientando entonces el análisis hacia la búsqueda de una influencia contextual.

La problemática sugerida de la interacción entre los individuos y su entorno requiere métodos estadísticos adaptados. El análisis multinivel que se usará no se describe en el presente texto (véanse Bryk y Raudenbush, 1992; Goldstein, 1995; Diggle, Tawn y Moyeed, 1998; Courgeau y Baccaini, 1998). Basta decir que permite el análisis de una información jerarquizada (los individuos en un municipio, los municipios en un territorio étnico, por ejemplo) y la correcta estimación de los parámetros de los efectos contextuales. Además, al incluir varias fuentes posibles de variación aleatoria, se abre la posibilidad de apreciar la homogeneidad de los conjuntos municipales o étnicos, y de explicarla después. La combinación y las relaciones de las variables que caracterizan a la población indígena pueden variar entonces según los contextos.

Los lugares de asentamiento

La descripción más reciente de la ubicación detallada de las personas que hablan una lengua indígena proviene del Censo de Población y Vivienda de 1995. Al igual que el censo de 1990, al que actualiza, este censo detalla el número de personas bilingües en cada localidad⁸ de tres casas o más (Registro de Integración Territorial o Iter). El mapa elaborado a partir de estos datos es muy complejo, porque describe, tanto como la presencia indígena, el sistema de asentamiento de la población. Globalmente, esa fotografía de alta resolución señala los focos tradicionales de ocupación, propicios a cierto grado de identidad étnica. Permite sobre todo situar la presente dispersión de los indígenas en medios poco o nada mestizados. La estadística cartografiada –el número absoluto de personas bilingües– es un indicador de las oportunidades de socialización para los individuos de la comunidad considerada. Un dato que podría representarse con el cálculo de un potencial de población (Noin, 1988) combinando la densidad de población y la distancia de los individuos entre ellos. La estimación, mediante la agregación de las localidades, de una sencilla densidad demográfica aureolar⁹ expresada en habitantes por kilómetro cuadrado (no se reproduce en el mapa), evidencia claramente unas fuertes densidades urbanas absolutas, asociadas sin embargo con una presencia relativa ínfima.

Una descripción así de fina de la localización de la población indígena requeriría una investigación en sí, que podría aprovechar la cartografía de las variaciones absolutas entre 1990 y 1995 que establecimos después de un largo tratamiento correctivo, pero cuyo estudio no se emprende aquí. El mapa 2 da una idea de esta representación para la región occidente y sugiere que el análisis regional se haga a gran escala. La precisión del mapa 1 proporciona informaciones adicionales en cuanto al tipo de hábitat: disperso en la Sierra Madre Occidental y la Huasteca, más concentrado en Yucatán o Oaxaca. Ahí se distinguen también unas agrupaciones puntuales en ciudades alejadas de estos territorios: en primer lugar la ciudad de México y también las capitales regionales de Guadalajara, Monterrey, Puebla, las aglomeraciones de la frontera norte y algunas de las del litoral. Aparece por fin un tercer tipo de extensión mediante la colonización de tierras vecinas, rurales de juzgar por el tamaño de las localidades: tierras

⁸ Excepto una parte del oriente del estado de Chiapas, que en aquella época de conflictos no se cubrió –sus datos se extrapolaron de los censos del decenio anterior.

⁹ El cálculo está hecho en un sistema de información geográfica. Se integran las localidades según sus coordenadas antes de calcular una interpolación dentro de la aureola escogida, de 50 km en este caso, siguiendo el método Kermel (programa Arc View 3.2).

bajas de la Huasteca, de Tamaulipas, del sur de Veracruz, de Chiapas. Es de esperar que la lengua vernácula se conserve mejor y se declare con menos reticencia en un contexto tradicional; lo cual equivale a admitir que la dispersión evidenciada por los últimos dos componentes está parcialmente ocultada por este olvido.

Un segundo criterio, la proporción relativa de población bilingüe, servirá para delimitar territorios étnicos a fin de compararlos o usarlos como punto de referencia territorial en el modelo individual. Se procedió en dos etapas. La primera se origina en la distribución atípica de los municipios según la proporción de personas que hablan una lengua vernácula; la segunda, en la distribución espacial de estas lenguas. Más de la mitad de los municipios tienen una población indígena muy minoritaria (menos del 2 por ciento), luego sigue una distribución irregular de municipios de población mezclada y por último un número creciente de municipios con fuerte proporción indígena (uno de cada 10 municipios rebasa el 90 por ciento). Este repunte de las frecuencias resulta por parte de la remunicipalización por subdivisión que se les otorgó a algunos grupos indígenas, especialmente en Oaxaca, para respetar las extensiones de los poderes locales tradicionales muy atomizados. La distribución se entiende mejor una vez cartografiada esta proporción: denota una polarización territorial étnica en algunas zonas, con una mezcla gradual en su cercanía inmediata, en claro contraste con amplias porciones del territorio sin presencia indígena significativa. Esa distribución espacial inspiró y justificó una primera partición de los municipios en tres clases. El primer conjunto es el de los municipios no indígenas, con una proporción inferior al límite de 0.5 por ciento de hablantes de alguna lengua indígena. En el polo opuesto, el grupo de “poblamiento indígena” incluye los municipios que presentan valores del indicador iguales o superiores al promedio (no ponderado), es decir del 27.3 por ciento hasta un máximo de 100 por ciento. En medio, un grupo de municipios a los que llamaremos mezclados y cuyo interés principal para nuestro análisis es que se ubican en un espacio de transición en torno a los conjuntos de municipios calificados como indígenas, y representan para ellos un lugar de migración o una zona intermedia de mestizaje.

La segunda fase consistió en agregar los municipios indígenas por idioma mayoritario, usando para ello los mapas establecidos por el INI (1994) y el trabajo de Embriz (1993) fundamentado en el censo de 1990. La división en 21 grupos étnicos requirió algunos ajustes. Por obvias preocupaciones estadísticas, necesitábamos un número significativo de

municipios en cada grupo, así que, sin transgredir la regla de contigüidad territorial, se operaron reuniones y algunos grupos poco numerosos se asimilaron a su familia cercana o a sus vecinos. Del mismo modo, a las unidades espaciales que formaban islas dentro del territorio étnico se les incluyeron aun cuando no cumplían estrictamente con el criterio establecido.¹⁰ El resultado es la siguiente división del territorio, que refleja la relativa coherencia del reparto étnico de la población, no sólo indígena sino también mestiza. Para algunas comparaciones, sólo recurriremos a la partición en tres grupos deducida de la división étnica. Este mapa de ubicación de los territorios étnicos es necesario para entender las descripciones que siguen; el mapa también servirá como marco de referencia de las comparaciones individuales.

LA COMPOSICIÓN DEMOECONÓMICA DE LOS TERRITORIOS

Una vez construida la partición étnica del territorio mexicano, la pregunta natural sería: ¿en qué se singularizan las poblaciones de estas regiones? Sin embargo, los límites analíticos de esa habitual descripción municipal no justifican que se la desarrolle en un trabajo que optó por construir un modelo individual y multinivel de la variable étnica. La presente sección, como sea, trata este punto con el fin de sostener varios argumentos de esta investigación. La ganancia que se puede sacar de aquella descripción proviene en primer lugar de la riqueza de las estadísticas municipales (el modelo individual no puede usar más que las variables del censo de 1990), especialmente de las que los sistemas de información geográfica nos permiten producir a partir de todas las informaciones con referencia geográfica, sobre todo las que describen el medio físico. La información geográfica agregada, por otra parte, es indispensable para documentar los determinantes contextuales, especialmente cuando se trata de variables exógenas a las que los individuos no modifican directamente con su presencia: las dotaciones de capital productivo, la disponibilidad de infraestructuras, las restricciones ambientales, por ejemplo. Al introducir la información regional en modelos contextuales jerárquicos, se mantiene íntegra su pertinencia analítica. Por último, conviene aprovechar un examen propiamente

¹⁰Se aceptaron unos pocos municipios con una proporción de hablantes indígenas de entre 20 por ciento y 27 por ciento, decisión conforme por lo demás a las estadísticas corregidas de la población indígena que usa el INI ("Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México", 1993).

te geográfico de estas composiciones territoriales.¹¹ Primero porque describen el alcance de las segregaciones impuestas por la localización, además porque las configuraciones espaciales nos informan sobre algunas causas o variables omitidas en los modelos; se justifican cabalmente, por fin, para tratar algunos temas que se refieren directamente a la población local, como los crecimientos demográficos regionales en el largo plazo.

El medio físico

Las posibilidades que ofrecen los sistemas de información geográfica¹² no se explorarán en este trabajo; basta recordar que nos permiten describir las regiones étnicas a partir de los inventarios del medio físico, de las imágenes por satélite, del catastro de la propiedad privada o del registro de las tierras ejidales, es decir de una gran variedad de datos contextuales cuyos recortes geográficos no coinciden con las divisiones administrativas. Gracias al modelo numérico de terreno, descubrimos que la pendiente promedio del relieve en tierras indígenas es doble de la que se observa en el resto del país, a pesar de las tierras mayas. Eso explica en parte, si bien no lo justifica del todo, el enorme déficit de aquellas tierras en materia de irrigación: una superficie relativa de riego 10 veces menor que en las regiones de población mestiza, y casi 20 veces menor que en el resto del territorio. No hay dominio del agua en la mayoría de las regiones indígenas, excepto en las tierras pame/otomí, más cercanas a los valles centrales, y en la zona zapoteca. El aislamiento respecto a la red carretera, estimado aquí en distancia promedio a los caminos asfaltados, es un indicador del acceso al espacio reticular del desarrollo económico y humano, con consecuencias demográficas demostradas (Delaunay, 1994 y 1995a); esa distancia se duplica para los municipios indígenas.¹³ Efecto del relieve y del retraimiento económico, el aislamiento también se conjuga con densidades demográficas más reducidas (en parte por la falta de urbanización) y un factor de transformación antrópica más bajo.¹⁴ Medición de la trans-

¹¹ Cabe señalar que en el examen estadístico se introdujo una ponderación de las medidas por municipio igual a la población de 1990; eso equivale a calcular el promedio real de la región, y no el de los municipios.

¹² Los pocos resultados aquí presentados se deducen de un sistema de información geográfica construido en colaboración con el Colef (Colegio de la Frontera Norte, Tijuana), en el marco de una convención firmada con el Institut de Recherche pour le Développement (IRD, entonces ORSTOM).

¹³ Las tierras huicot vienen en primer lugar respecto al aislamiento (10 veces el promedio nacional), también especialmente alto para las tierras tzeltal y tarahumara.

¹⁴ El FTA es un índice construido por A. Winckell, en una escala ordinal de cinco grados, a partir del análisis de los mapas de uso del suelo y de la cobertura de vegetación natural. Su análisis en un sistema de información geográfica produce zonas homogéneas de transformación del medio que se clasifican entonces según el menor o mayor grado de transformación humana del medio.

formación humana del paisaje y la vegetación, este indicador varía junto con la densidad de población, la pendiente del relieve y la actividad económica. Varias de las tierras menos transformadas son precisamente montañosas o selváticas (tarahumara, tzotzil, huicot, cuicateco).

La actividad de las empresas en 1991

La actividad económica de las empresas no agrícolas en 1991 –se elige una fecha cercana a la del último censo de población– pertenece a un universo estadístico distinto del de las características demográficas individuales, y en todo caso carece de referencia étnica. Variables contextuales exógenas, estas estadísticas reflejan las oportunidades económicas locales.¹⁵ Por supuesto, las personas ocupadas en estos establecimientos conforman sólo una parte de la población económicamente activa (PEA), parte cuya importancia relativa modula el impacto de sus actividades en la economía local, principalmente agrícola en las regiones indígenas. Para dar una idea de este impacto, se refirió el número de personas ocupadas según el censo económico de 1991 a la población económicamente activa en el censo de 1990; este indicador aproximado¹⁶ permite un acercamiento al peso de la desigual participación de los habitantes en actividades no agrícolas. Todos los promedios territoriales de este indicio resultan ser desfavorables para las zonas indígenas: dos personas de cada 10, aproximadamente, o sea dos veces menos que en zonas de poblamiento mezclado o no indígena. Las diferencias en la remuneración per cápita de las personas ocupadas son de magnitud equivalente: en las regiones indígenas, se percibe en promedio menos de la mitad de la remuneración recibida en los otros dos espacios (muy similares entre sí). Las diferencias en la productividad, medida ésta por el valor agregado bruto por persona empleada, se abren aún más: la relación de uno a dos sólo sigue vigente entre lugares indígenas y lugares totalmente no indígenas pero es más fuerte la diferencia con los municipios mezclados. Pero el contraste más marcado aparece en la formación bruta de capital fijo,¹⁷ particularmente deficiente en

¹⁵ Desde el punto de vista de los individuos presentes, pareció justificado calcular índices per cápita, dividiendo la producción, las remuneraciones, etcétera, entre el número de personas empleadas por el establecimiento. Sin embargo, son estadísticas que tienen que interpretarse con prudencia ya que asocian (en el cálculo de índices per cápita) un *stock* de empleados con flujos (de aumentos de capital, de valor agregado) sin referencia al capital acumulado.

¹⁶ Se trata de un indicador aproximado puesto que está construido a partir de dos universos distintos, en fechas distintas.

¹⁷ Siempre en relación con el número de personas ocupadas.

zona indígena: alcanza apenas una sexta parte de la inversión promedio en el espacio mestizado, y un tercio de la del resto del país.

Esas diferencias se verifican para cada conjunto regional étnico de municipios: prácticamente no hay una sola región indígena que alcance los niveles de las zonas-testigo. La sola región maya se distingue y presenta indicadores más cercanos a los promedios nacionales, en especial en cuanto a participación de la PEA. Está entre los primeros, atrás de las tierras popolucas y huicot, en cuanto a remuneraciones y, respecto a la productividad, sólo se le adelantan los municipios popolucas. Algunas regiones indígenas exhiben buenos indicadores específicos; la inversión, por ejemplo, en tierra huicot, que alcanza el promedio nacional para el año considerado –aunque pueda, por otra parte, haber sido un año excepcional–. Más que las escasas excepciones, importa pues subrayar el enorme retraso de las zonas indígenas más desprovistas, en el punto extremo de la distribución. Muchas de ellas sólo reciben una mínima fracción de las inversiones y de las remuneraciones de las que disponen otros conjuntos de municipios, incluso indígenas. De los 21 grupos étnicos, 12 reciben cada uno menos de la décima parte de las inversiones per cápita por la región otomí/pame, y el último, poco más de la centésima parte. Este perfil de las desigualdades sólo vale para 1990 y no es exclusivamente indígena; no hay motivo, sin embargo, para suponer que la evolución las irá borrando espontáneamente. En efecto, esos indicadores regionales presentan fuertes correlaciones entre sí, en el sentido de que la productividad de las personas ocupadas aumenta junto con la importancia relativa de su actividad. Lo mismo vale también para las remuneraciones, que siguen la productividad del trabajo, y aumentan con el volumen de capital instalado. Resulta que la búsqueda de economías de escala, que guía la localización de las inversiones, contribuye en perpetuar las malas dotaciones y los resultados inferiores de los territorios indígenas.

La composición demográfica en 1990

Muchas enseñanzas se podrían sacar de la descripción del estado demográfico de la población que conforma cada región étnica en 1990 pero examinar una situación remota ya y conocida no cabe en nuestro propósito, que es construir un modelo individual localizado. Sin embargo, valgan unos breves comentarios, tomados de un examen sistemático, para subrayar las discrepancias de los dos enfoques (los desvaríos, a veces,

del primero) o detectar aspectos menos esperados de las peculiaridades étnicas.

El ingreso promedio municipal¹⁸ en tierras indígenas alcanza la mitad apenas del que se percibe en el resto del país. Por sí solo, ningún grupo étnico de municipios alcanza el promedio nacional, aun cuando el país maya se le acerca y no es tan adversa la situación en los territorios purépecha y pame/otomí. En el otro extremo, los habitantes de las tierras tzeltales, tlapanecas, mixes, cuicatecas, chatinas, sólo reciben una cuarta parte del ingreso promedio nacional. Sin embargo, las observaciones individuales mostrarán que, en un mismo lugar y tratándose de categorías socioprofesionales comparables, el hecho de ser bilingüe no conlleva diferencia significativa en las remuneraciones. Cabe señalar también que la disparidad espacial de las remuneraciones asociada a los sectores secundario y terciario de actividad es mucho menor de la que impone la agricultura, que depende más de las condiciones locales.

De manera quizás sorprendente, las mujeres mexicanas activas declaran ingresos nítidamente superiores a los de los hombres. La relación entre las remuneraciones femeninas y masculinas es de 1.22 y 1.24 en las zonas-testigo (no indígena y mezclada); cae a 0.92 en las regiones indígenas tomadas en conjunto. Sin embargo, esta desventaja femenina no es tan clara en los municipios de habla maya, tzotzil, pame/otomí, purépecha y mixe. Las actividades no asalariadas, o incluso informales, probablemente son el origen de los mejores resultados de las mujeres, a las cuales el mercado del trabajo tiende a perjudicar; pero en las zonas indígenas no existe el contexto económico favorable para ejercerlas.

La proporción de la población que se declara económicamente activa en los municipios indígenas es menor, aunque por poco, que en el grupo de los municipios mestizados. Las diferencias son también reducidas entre grupos étnicos. Algunos, sin embargo, destacan por una participación femenina especialmente baja: hasta 30 o 40 veces más hombres activos que mujeres. Es el caso de las etnias maya, tzeltal, tzotzil, zoque y chol, es decir todas las que pueblan Chiapas y la península de Yucatán, sin excepción. Una configuración regional así de homogénea, pese a las fortunas económicas tan desiguales, sugiere más bien una clara disposición cultural en contra del trabajo de las mujeres.

La antigua asimilación entre indígenas y campesinos encuentra una confirmación estadística en 1990; excepto en tierras purépechas, donde

¹⁸ Expresado en salarios mínimos en el momento del censo.

el trabajo artesanal conserva un amplio lugar, la proporción de la PEA ocupada en la agricultura es aplastante: cinco veces mayor y hasta más en las zonas aisladas de montaña. Sobre todo, este predominio se asocia estadísticamente con una fuerte proporción de trabajadores independientes y mano de obra familiar: de 10 activos del territorio tlapaneco, ocho trabajan por su cuenta, siete en zonas de habla tzeltal, mixe y cuicateca, mientras los trabajadores por cuenta propia sólo representan la cuarta parte de la PEA en tierras no indígenas. Más aún, la mano de obra familiar supera el 20 por ciento de la PEA en la sierra tarahumara, 20 veces más que en las regiones con poca presencia indígena. La situación de los municipios mayas es la única que se acerca al perfil nacional.

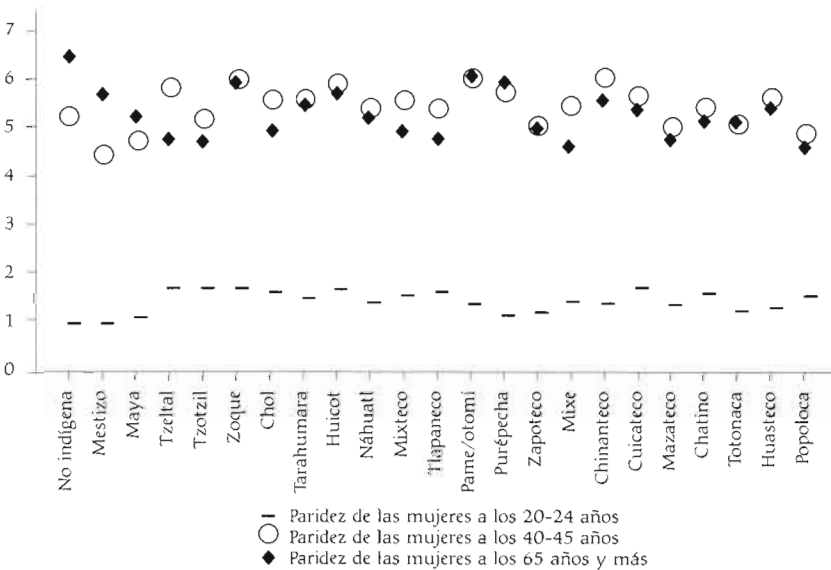
La relación de masculinidad de las poblaciones indígenas disminuye fuertemente en las regiones de asentamiento indígena tradicional y sube en las otras (cerca de 130 hombres bilingües por 100 mujeres). Eso se interpretaría espontáneamente como una especialización migratoria masculina, si no fuera que las estadísticas individuales sugieren la influencia simultánea de un olvido femenino de los orígenes indígenas fuera del contexto étnico. Sin equívoco esta vez, las tierras indias sólo albergan un porcentaje mínimo de personas nacidas en otro estado (3.8 por ciento), la sexta parte del porcentaje de inmigrados en país mestizo. La brecha, sin embargo, se reduce cuando llegamos a los cambios recientes de residencia, una estadística que también incluye los regresos; el análisis individual permitirá precisar mejor las especificidades migratorias indígenas. Una vez más, las inversiones en la península de Yucatán acercaron los indicadores del conjunto de municipios mayas a los promedios nacionales; lo opuesto ocurre con los lugares más desprovistos (área chatina, tlapaneca, cuicateca) que cuentan con menos de 1 por ciento de inmigrados.

No existe medida directa de la migración por municipio; sin embargo, la mayor propensión masculina a la emigración, especialmente entre los solteros, nos sugiere el examen de la relación de masculinidad a los 20 o 30 años. Antes de que las diferencias de mortalidad afecten demasiado el equilibrio entre géneros, esta relación es un índice aproximado de la emigración si suponemos una fuerte especialización masculina. Era el caso en 1990 para las idas a Estados Unidos, que inducen una baja de la relación de masculinidad para el país en su conjunto (se registran 92 hombres de 20-24 años por 100 mujeres de la misma edad); es probable que se verifique respecto a las salidas de los lugares indígenas. De confiar en este indicador, la migración alrededor de los 20 años sería comparable en las tres grandes divisiones territoriales. Las divergencias más marca-

das se observan entre territorios étnicos: fuerte ausencia de hombres jóvenes entre los mixtecos, huicot, tlapanecos y sobre todo purépechas, menor ausencia masculina en las tierras indígenas de Chiapas (excepto los tzotziles). Por el contrario, las regiones cuicateca y mixte presentan una relación de masculinidad más balanceada.

Propondremos un modelo multinivel de la fecundidad que no sustituirá el examen regional, cuyo interés es evaluar las consecuencias de esta variable en el crecimiento demográfico local, en la organización familiar y en las estructuras por grupos de edades. La configuración de las descendencias alcanzadas (número de hijos nacidos vivos) en 1990 para tres generaciones de mujeres¹⁹ se resume en la siguiente gráfica.

GRÁFICA 1
DESCENDENCIA DE LAS MUJERES
SEGÚN LOS ESPACIOS DE ASENTAMIENTO INDÍGENA



Para las mujeres jóvenes, en plena vida reproductiva, se puede establecer una nítida separación entre las regiones de referencia, donde las capacidades reproductivas son idénticas (0.89 hijos por mujer de 20-24 años), y el espacio indígena donde el promedio se ubica en 1.35 hijos, 50 por ciento más. Una nupcialidad más precoz explica parte de esta brecha, pues-

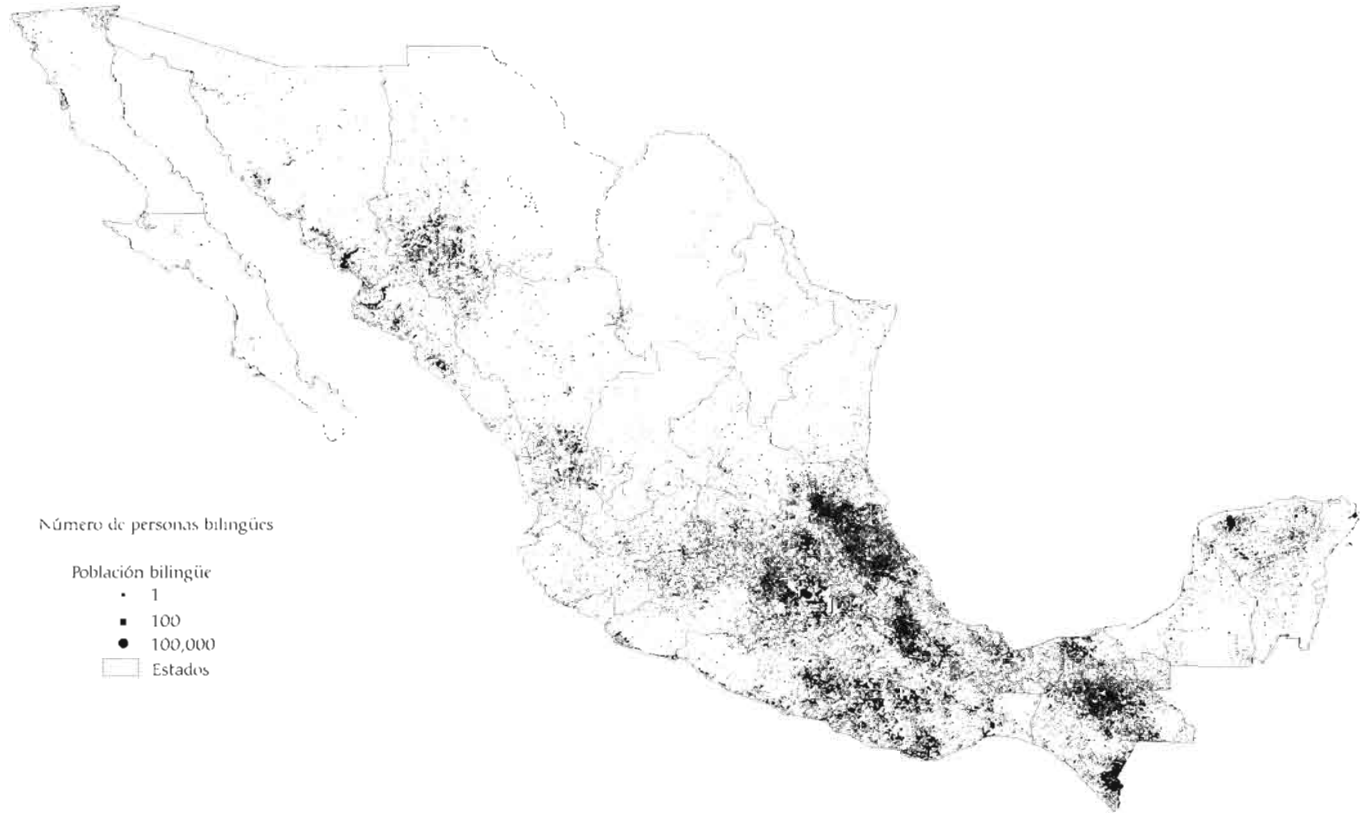
¹⁹ Tomar como indicador la descendencia de las madres eliminaría el efecto de la nupcialidad, pero no refleja tan bien el impacto global de estas vitalidades desiguales.

to que la proporción de solteros es más baja y la relación de masculinidad de este grupo más alta; menos divorcios y más uniones libres (hasta dos veces más que en las áreas no indígenas) favorecen este adelanto. Las diferencias étnicas siguen cierta lógica espacial: las tierras indígenas que colindan con las regiones mestizadas ostentan una fecundidad mejor controlada (tierras maya, náhuatl, zapoteca, purépecha). Las más excéntricas o aisladas, en particular Chiapas, las zonas huicot, tarahumara, cuicateca, casi duplican las descendencias que prevalecen en zonas no indígenas.

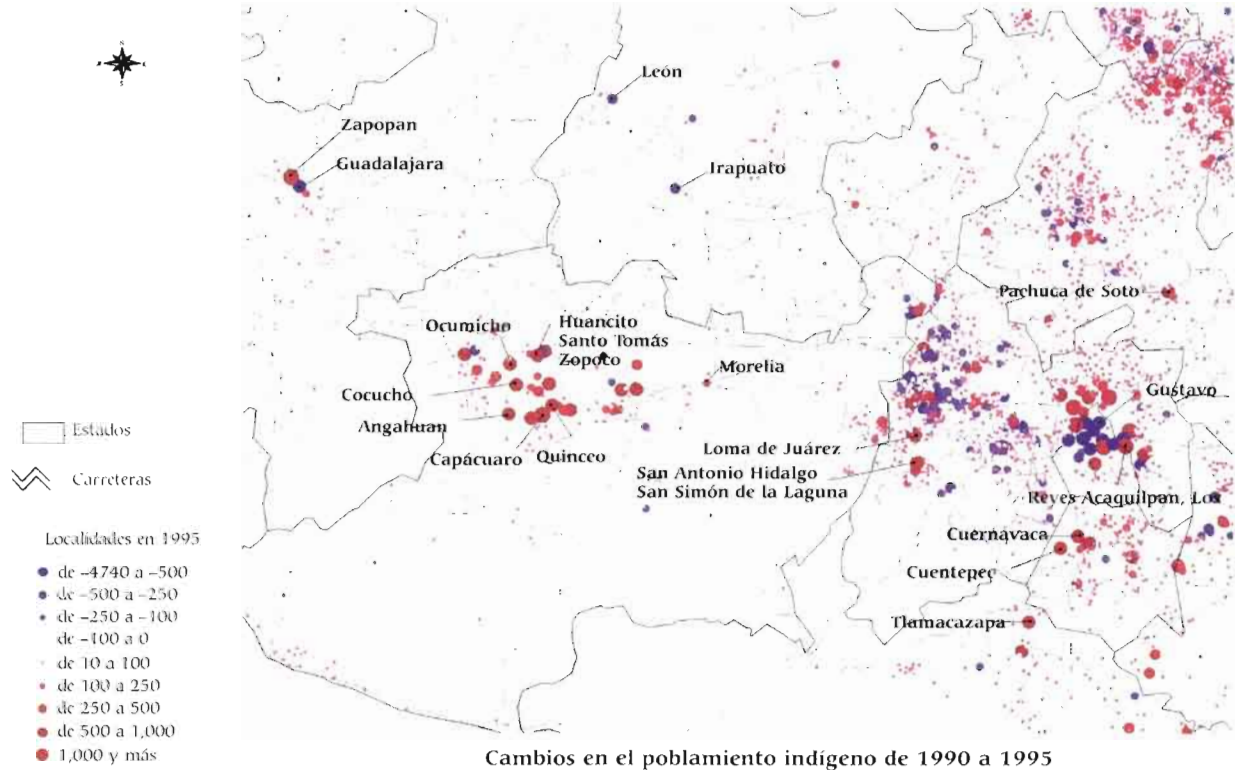
Fecundidad más precoz no necesariamente significa más vigorosa al final de la vida fértil, la diferencia puede ser sólo de calendario. A los 40-44 años, la ventaja de las tierras indígenas se mantiene, aunque reducida (5.4 hijos por 5.23). Entre las mujeres mayores, desaparece. Éstas resultan más fecundas fuera de los municipios indígenas (6.5 hijos en las regiones no indígenas, 5.7 en regiones mezcladas y 5.2 en país indio). En realidad, en la mayoría de las tierras indígenas, la descendencia de las mujeres al final de la vida fecunda (digamos a los 45 años) rebasa la de sus mayores. El olvido de declarar hijos expuestos a una fuerte mortandad explica en parte esta brecha, que también expresa una transición vital que favorece tanto la sobrevivencia de los niños como la salud reproductiva de las madres; las descendencias finales, entonces, tienden a aumentar.

¿Qué consecuencias tienen sobre las familias esos calendarios específicos de la vida reproductiva y de la transición demográfica, sabiendo que una fecundidad fuerte normalmente compensa una mortalidad que tarda en bajar? Cabe señalar primero que las probabilidades de sobrevivir de los infantes en zona indígena son mucho menores: la proporción de decesos es casi dos veces mayor que en zona mestiza (casi 10 por ciento de niños mueren, por 5.3 por ciento en zona mestiza). Una estimación de la mortalidad infantil por el método de Brass indica niveles 50 por ciento superiores en tierras indígenas, que alcanzan porcentajes extremos en las zonas huicot y tarahumara. En cambio, aunque se trata de mediciones aproximadas, las etnias de Chiapas sólo sufrirían una reducida sobremortalidad. Eso se repercute en el tamaño promedio de las familias: es 10 por ciento mayor en territorio indígena que en el espacio mestizo. Se trata menos de un efecto de la organización familiar que de una consecuencia demográfica de la reproducción, ya que el índice de Burch no es significativamente mayor (Delaunay, 1995b). Este aspecto de la organización familiar merecería una indagación más profunda pues algunas regiones étnicas se caracterizan por una composición familiar compleja, cuya configuración espacial sugiere un fuerte peso de la economía doméstica (tzotzil, chol, popoluca).

MAPA 1
DISPERSIÓN DE LA POBLACIÓN BILINGÜE EN 1995 POR LOCALIDAD



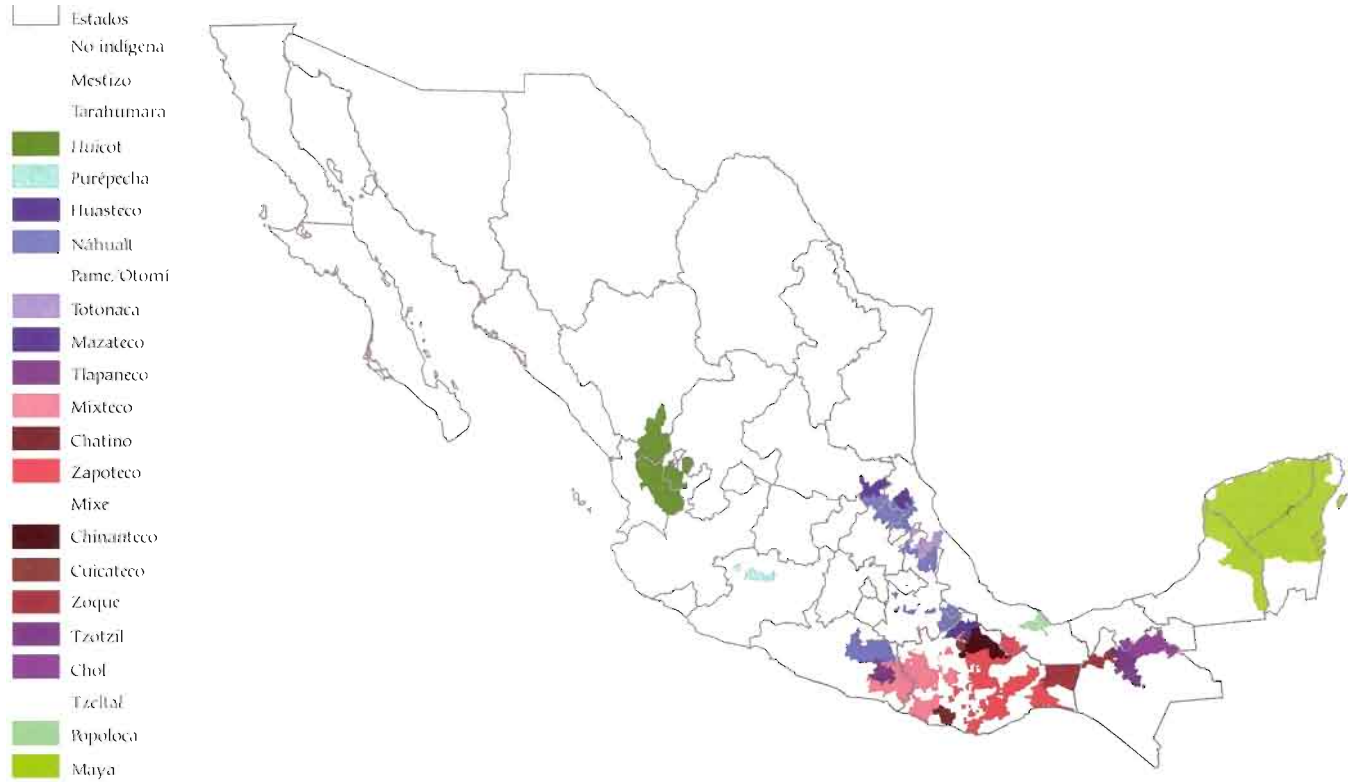
MAPA 2
 CAMBIOS DEMOGRÁFICOS DE LA POBLACIÓN BILINGÜE
 DE 1990 A 1995, REGIÓN OCCIDENTAL



Cambios en el poblamiento indígena de 1990 a 1995

MAPA 3

DELIMITACIÓN TERRITORIAL SEGÚN LA PERTENENCIA ÉTNICA



*Los crecimientos demográficos*²⁰

Hay que precisar estas transiciones demográficas desfasadas observando los crecimientos locales en el tiempo largo: un calendario tardío tiene especial relevancia en un momento en que la estabilización de los crecimientos naturales está por dejar un papel mayor a los movimientos migratorios en el sistema de población. Las regiones indígenas podrían entonces sobresalir por una vitalidad y un potencial migratorio que sorprenderán sólo por haber llegado tarde.

Consideremos primero el periodo completo desde 1930, calculando el promedio de las tasas anuales del crecimiento de la población para cada una de las regiones étnicas y las dos regiones de referencia. El espacio mezclado, que incluye las principales ciudades de la parte meridional del país, goza del crecimiento más fuerte (4.5 por ciento), mayor al del conjunto de municipios no indígenas (3 por ciento) menos urbanizados; las tasas ponen en evidencia un déficit de crecimiento en los territorios indígenas cuya población aumenta a un ritmo promedio de 2.2 por ciento por año. Ese orden se reproduce en cada uno de los decenios, menos el más reciente, entre 1980 y 1990, cuando el grupo de los municipios indígenas toma una breve delantera, aunque no la suficiente para recuperar el atraso acumulado. La mala calidad del censo de 1980 hace dudar de la realidad de esta recuperación, efímera ya que no se confirma entre 1990 y 1995.²¹ Sobre el conjunto del periodo, las tasas de la zona indígena varían dentro de un intervalo estrecho (entre 2 y 2.6 por ciento), lo cual refleja el efecto de una transición demográfica de menor amplitud, del bajo volumen de los flujos de inmigrantes y de una urbanización moderada en los municipios indígenas –además de ser relativamente limitada, también favorece un mestizaje que viene a ocultarla. El mapa étnico de los crecimientos se puede sintetizar según una gradación sencilla. Las alzas más vigorosas se manifiestan en la parte oriental del país: los municipios indígenas de Chiapas, los de los popolucas y chinantecos (las tasas alcanzan y rebasan el tope del 3 por ciento) y en menor medida los de los mayas (2.5 por ciento) que gozan de una situación económica y sanitaria más fa-

²⁰ La comparación de los crecimientos demográficos municipales entre 1930 y 1995 exigió un largo trabajo de recomposición territorial para obtener una división común del territorio. Además, la interpretación se vuelve más difícil por las variaciones de la cobertura del censo en el tiempo y el espacio, variaciones que provocan una variabilidad aleatoria de las tasas decenales. Los crecimientos presentados aquí son promedios municipales ponderados por la población de 1990, no corresponden exactamente a los que se hubieran calculado para las poblaciones agregadas de los mismos territorios (cambian las ponderaciones).

²¹ Aquí también es preciso andar con prudencia ya que el censo de 1995 no cubrió la totalidad de las tierras altas de Chiapas. Se le adjudicó el mismo crecimiento que en el periodo anterior.

vorable a la transición vital (Lerner y Quesnel, 1994). Los demás territorios indígenas se acercan al 2 por ciento, y un poco atrás llegan las regiones más occidentales y serranas de los tarahumaras, huicot, náhuatl y mixtecos. El despegue demográfico de las poblaciones indígenas, entonces, se limitaría a Chiapas y al país popoluca, donde se sospecha una menor propensión a la emigración, especialmente hacia los Estados Unidos, destino favorito de otros grupos. Esta hipótesis migratoria invita a comparar los valores locales de la fecundidad y del crecimiento demográfico. En ausencia de migración y de diferencial territorial de mortalidad, debería observarse cierta correlación. No aparece, pero un conjunto territorial destaca, muy agrupado, por sus bajas fecundidades y altos crecimientos: el espacio mestizo y no indígena asociado al territorio maya. Tiene un saldo migratorio positivo, así como una baja mortalidad. Después vienen los espacios étnicos del centro del país, para los cuales no hay relación clara entre vitalidad y dinámica demográfica. En el otro extremo de la relación, encontramos una fecundidad asociada con crecimientos sostenidos, y ahí se confirma el crecimiento especial de las tierras indígenas de Chiapas y de los popolucas, poco afectadas en esas fechas por la emigración. Señalemos también la posición extrema de los mixtecos, fecundos pero con reducidas tasas de crecimiento: es notoria su fuerte participación migratoria.

Al tratarse de más de medio siglo, es tan importante el calendario de la transición demográfica como su amplitud. La figura 2 intenta resumir los crecimientos territoriales observados representando la sucesión de las tasas anuales,²² desde 1930. La lectura de abajo hacia arriba en el eje de ordenadas, para cada territorio en el eje de abscisas, da el calendario de la transición demográfica combinada con la transición migratoria. La fecundidad mexicana empieza a bajar alrededor de 1965, momento del mayor crecimiento en zona mezclada, la que por otra parte mejor representa al conjunto del territorio y la más implicada en la urbanización; eso explica las tasas alcanzadas en esta zona, tasas superiores a la vitalidad natural. El espacio no indígena vive una transición sincrónica pero de menor amplitud. En distintos grados, los grupos de Chiapas y Yucatán viven una revolución demográfica desfasada pero globalmente las tasas observadas se acercan a los crecimientos naturales, lo cual confirma una emigración reducida en esa fecha. Los territorios cercanos al núcleo central, denso y urbanizado, sólo demuestran un dinamismo moderado; en este grupo, los

²² Tasas anuales no corregidas. Parte de la variación aparente se debe a los errores en la cobertura (un solo censo inadecuado según dos medidas de crecimiento). No se olvide que las medidas se refieren a la población total del territorio, no sólo a los individuos bilingües.

territorios mixteco y cuicateco se ven especialmente perturbados por el éxodo. El apogeo de esta transición vital es visible en todos los casos (se ubica entre 1970 y 1990), si bien es un poco más vigorosa en los territorios tlapaneco, chinanteco y mixe. Las dos áreas occidentales de la tarahumara y los huicot siguen el ritmo general de la evolución nacional, pero están castigadas por la mortalidad y probablemente también por la emigración, tan bajo es el crecimiento huicot. Los popolucas siguen un calendario atípico en el contexto de una transición tardía, con una dinámica singular en el principio del periodo.

No concluir, a falta de modelo

Hay que tener cuidado: la comparación estadística de los promedios territoriales, por muy instructiva que sea, no permite aislar la variable étnica. Un modelo estadístico "identitario" no es factible puesto que, con las medidas agregadas, sólo se conoce el grado regional de mestizaje y no la pertenencia individual. Así pues, constatar una fecundidad promedio más generosa en tierras indígenas no nos autoriza a calificarla: no sabemos si proviene de una disposición cultural regional, individual, o si resulta de una negligencia discriminatoria local en las inversiones humanas en materia de educación o de salud. Para ilustrar la necesidad de construir un modelo multinivel, elaboraremos un rápido modelo regional de las descendencias alcanzadas, para demostrar que lleva a resultados distintos de los del modelo que se presentará después y que asocia medidas individuales y contextuales.

Expresaremos la descendencia alcanzada promedio municipal de las mujeres en función de la mortalidad infantil estimada,²³ de la proporción de analfabetos a los 20-24 años,²⁴ del ingreso promedio²⁵ y de la distancia promedio a los ejes carreteros principales.²⁶ Por orden de su contribución a la variación municipal de las parideces,²⁷ viene en primer lugar el ingre-

²³ Esta mortalidad, estimada según el método de Brass a partir de la proporción de hijos sobrevivientes, no es una medida completa de la mortalidad, aunque esté en estrecha correlación con las mortalidades más tardías, sino un indicador de los riesgos asociados con la constitución de una descendencia de hijos sobrevivientes. Un riesgo elevado en general se compensa con una alta fecundidad.

²⁴ El indicador corresponde a la situación de las mujeres en una edad de fuerte procreación. Es un índice del nivel general de educación de la población.

²⁵ Este ingreso autodeclarado deja de lado algunas actividades domésticas no contabilizadas, sin embargo está bien correlacionado con las otras mediciones del desarrollo económico.

²⁶ Tal distancia, medida gracias a un sistema de información geográfico, es un indicador del grado de aislamiento que toma en cuenta el carácter "reticular" de la difusión de la transición de fecundidad (Delaunay, 1995a).

²⁷ "Paridez", o descendencia alcanzada: número de hijos nacidos vivos, en el momento de la observación.

so promedio (que reduce el número promedio de hijos: 0.6 hijos menos por cada desviación estándar de aumento del ingreso), siguen el analfabetismo y la mortalidad. Lejos atrás, y una vez controlados estos factores, la pertenencia a un territorio indígena tiene una participación reducida a un nivel despreciable. Además, este "efecto indígena" sobre la fecundidad es negativo: si se predice la descendencia municipal para valores promedios de los cuatros factores ya introducidos, resulta una fecundidad ligeramente superior en el espacio no indígena (la descendencia es de 2.38, contra 2.32 en los municipios indígenas, mientras los valores observados ponderados eran respectivamente 1.92 y 2.58). Es decir que a igualdad de ingreso, educación, y una vez puesta a nivel la mortalidad infantil, la incidencia de la pertenencia territorial indígena en la fecundidad no está demostrada. Más aún, en 1990 esta misma conclusión se alcanza controlando nada más el analfabetismo de las mujeres de 20 a 24 años; eso se debe parcialmente a la colinealidad entre éste factor y la mortalidad de los niños, o el desarrollo económico. En otras palabras, esto valida varias explicaciones estadísticas intercambiables.

EL PUEBLO INDÍGENA SEGÚN EL CONTEXTO REGIONAL

El bilingüismo es una declaración individual, una calidad que podemos examinar en este nivel elemental en la muestra del 1 por ciento proporcionada por el INEGI para el XI Censo de Población. Se vuelve entonces posible construir un modelo de esta variable en el nivel en el que se le observa, y en el que opera. Más importante aún, eso no impide tomar en consideración los lugares de residencia (o de nacimiento) y por lo tanto los contextos en los que se mueven las personas. La anterior descripción mostró la disparidad de los lugares y especialmente la desventaja económica sufrida por los territorios indígenas. Pero puede ser que, en un mismo contexto, las personas bilingües y las otras se encuentren en igualdad de condiciones, o que se reduzca la discriminación individual. Al proceder a un análisis multinivel (individual y contextual), nos es dado examinar, en términos estadísticos, las dos principales dimensiones de la identidad étnica reconocidas por la literatura antropológica. Procederemos tema por tema y según los casos trataremos lo que identifica a los indígenas (el modelo identitario, véase *supra*) o la influencia de la etnia en un comportamiento demográfico. Las técnicas del análisis multinivel propiamente dichas se aplicarán al

análisis de la fecundidad, a manera de ejemplo, para comparar sus resultados con las conclusiones del análisis municipal. Para no abusar de técnicas estadísticas poco difundidas todavía, también propondremos comparaciones territoriales sencillas.

El género y la edad

Mientras las mexicanas son mayoría en la República, las mujeres indígenas aparecen menos numerosas que los hombres en el censo de 1990. Ese resultado paradójico (considerando la sobremortalidad masculina y la emigración de los hombres hacia Estados Unidos) nos lleva a preguntarnos si las mujeres no serán más propensas a omitir la declaración de su identidad indígena. Un argumento a favor de esta interpretación es que esa poca presencia femenina es menos visible en el espacio de las tierras indígenas. Ahí, las mujeres indígenas representan el 50.7 por ciento de la población bilingüe del lugar; proporción que sigue siendo inferior a la que se observa en el resto del país. Se vuelven, en cambio, minoría, de manera limitada en las regiones mestizadas y más clara en los municipios con población no indígena (47.2 por ciento). Tal reparto espacial, observado ya mediante el análisis regional, sugería una emigración indígena selectiva. El análisis de los datos individuales desmiente esta conclusión: existe un déficit nacional de mujeres que se consideran indígenas y este déficit aumenta cuando crece la distancia a las zonas tradicionales de asentamiento. Concluir que las mujeres olvidan con más facilidad su origen parece tanto más justificado que también se observa una proporción relativamente menor de esposas indígenas, al tiempo que baja la proporción de mujeres indígenas jefes de familia. En el marco de una unión mixta, una esposa omitirá mencionar su bilingüismo con una frecuencia un poco mayor (y lo mismo se observa para las hijas mujeres); o será el informador jefe de familia, un hombre en la mayoría de los casos, el que callará la información. La regresión logística confirma la realidad de este efecto del género (ser mujer reduce la probabilidad de ser indígena), una vez controladas varias características familiares que podrían interactuar.

A las edades mayores corresponde una creciente proporción de individuos bilingües. Estable (6-7 por ciento) entre 5 y 24 años, la tasa aumenta regular pero moderadamente hasta llegar a 11 por ciento a los 90 años; más allá, 17 por ciento de las personas muy ancianas se declaran indígenas. Esta variación, bien conocida, se ha interpretado como señal de la regresión del bilingüismo. Eso coincide con la observación del menor

crecimiento demográfico del pueblo indígena en el tiempo considerado (Valdés y Menéndez, 1980). Según el contexto étnico y los lugares habitados, la pérdida (o la no-declaración) de la lengua vernácula en las nuevas generaciones varía en intensidad hasta el punto que en algunos casos las cifras dejan de confirmarla. Es manifiesta e importante en zona mezclada o no indígena, nítida en los territorios limítrofes, centrales o más urbanizados (maya, pame/otomí, chinanteco, cuicateco, náhuatl, zapoteca, mixteco, zoque), significativa aunque reducida en el país huasteco, tarahumara, purépecha, mazateco, tzotzil, tzeltal, nula o estadísticamente improbable en país chatino, chol, mixe, popoluca y tlapaneco, y parece invertirse en la zona huicot, pero con efectivos bajos en la muestra. Cabe señalar que el control estadístico de la alfabetización reduce notoria pero no completamente la variación del bilingüismo en función de la edad (la disminuye en cerca de 45 por ciento).

La reproducción

Si bien las descendencias que registra el censo no ofrecen sino una medida imperfecta de la reproducción, hay que conformarse con ellas para examinar la especificidad indígena en materia de fecundidad. El número de hijos nacidos vivos hasta el momento del censo se mide entre las mujeres de más de 14 años. Aquí ya no es un modelo estadístico identitario (caracterizando a la población bilingüe con las variables censales) sino un modelo básico de la fecundidad el que proponemos²⁸ para someter a prueba la incidencia de la variable étnica, según una formulación multinivel.²⁹

Para describir la descendencia alcanzada por cada mujer de todas las edades, la variable decisiva que hay que controlar es la duración de la vida fecunda, o sea el tiempo transcurrido desde el decimocuarto año de la mujer. Se introdujeron después, siempre en el nivel individual, la práctica o no de una lengua indígena, la alfabetización, el ingreso del hogar (más que el ingreso propio de la mujer) y la situación matrimonial.³⁰ Construir el modelo de la mortalidad infantil caso por caso es problemático, ya que son demasiado poco frecuentes los decesos; este fenómeno se

²⁸ Sería poco convincente introducir la fecundidad como marcador de identidad individual, ya que sólo concierne a las mujeres.

²⁹ El tratamiento se llevó a cabo con el programa MlwiN© (versión 1.10) desarrollado por Jon Rasbash (*et al.*), *Multilevel Models Project*, Institute of Education, Londres.

³⁰ Era posible modelizar la paridez de las madres para eliminar el efecto de la nupcialidad sobre la fecundidad.

introduce a nivel del municipio con las demás variables contextuales: el indicador de aislamiento;³¹ el ingreso promedio en el municipio, expresado en número de salarios mínimos; la proporción de analfabetas a los 20-24 años y finalmente el producto bruto total por persona ocupada en los establecimientos no agrícolas en 1991. Para tratar, en un mismo modelo, una información observada en dos niveles distintos, es preciso tomar en cuenta la mayor escasez de las estadísticas por municipio. Repetirlas para cada individuo implicaría atribuirles una precisión que no tienen³² y ese modelo erróneo lleva a considerar significativos todos los efectos contextuales, lo que ya no será el caso cuando se usen los procedimientos estadísticos correctos.

Ya en este punto, se empieza a recurrir a los algoritmos del análisis multinivel: para modelizar varias fuentes de variación aleatoria, entre las cuales se distingue una para los municipios (j) y otra para los individuos (i). En su forma más sencilla, a esta descomposición de la varianza se le llama modelo incondicional, es decir sin variables ni efectos predictivos; sirve de referencia para otras formulaciones que incluyen variables seleccionadas en cada uno de los niveles. El cálculo de los parámetros (aquí sólo aleatorios, véase resultado 1) nos enseña que la variación individual e_{0ij} vale aproximadamente 30 veces la que se observa entre municipios (j). Eso da un coeficiente de correlación intraclase $\rho = \frac{v_{0j}}{(v_{0j} + e_{0ij})} = 0.031$, índice de una homogeneidad municipal muy limitada (comparada con la diversidad individual) y por ende del poco peso de los efectos contextuales municipales. Es posible en este punto introducir una tercera variación v_{0k} entre los conjuntos étnicos (k), presentada en el resultado 2. Esta sola variación compone el 40 por ciento de la variación municipal, lo cual significa que la heterogeneidad entre los territorios indígenas es casi igual a la que se observa entre los municipios dentro de cada grupo étnico!

Este modelo, al no haber introducido el periodo de exposición al riesgo de embarazo, no tiene mucho sentido analítico. Aquí, otra vez, el análisis multinivel resulta extremadamente útil para poder manejar la fuerte heteroscedasticidad (inconstancia de la varianza) de las descendencias alcanzadas en función del tiempo de exposición,³³ puesto que esta característica viola la hipótesis básica de la modelización. Esta variación según el periodo fecundo se incluye en el modelo con la introducción de una

³¹ La distancia promedio a los principales ejes carreteros (véase *supra*).

³² Al repetir un valor contextual para cada individuo, se viola la hipótesis de independencia de las observaciones. Los errores estándar de los parámetros, en este caso, se subestimarían, lo cual podría llevarnos a admitir efectos demasiado inciertos, en realidad, para ser contemplados.

³³ Con la edad, aumenta la diversidad de las situaciones observadas entre el máximo biológico y la esterilidad.

cuarta variable aleatoria, e_{ijk} , asociada con la edad de la mujer (véase el resultado 3). Mide para cada mujer las desviaciones a la pendiente promedio de la paridez alcanzada en función de la edad, modelizando así la variabilidad debida al carácter transversal de la información³⁴ y que se puede atribuir a las diferencias de calendario en función de la edad. Las variables aleatorias (los residuales de la regresión lineal), estimadas por su desviación estándar, quedan considerablemente reducidas pero la variabilidad entre las etnias rebasa sensiblemente la que existe entre los grupos étnicos. Las variables aleatorias consideradas en el nivel individual se reparten entonces entre un efecto de calendario (e_{ijk} , o sea la variación de las pendientes individuales) y la variación individual de la descendencia (e_{0ijk} , la reproducción final propiamente dicha). El modelo señala una covarianza entre las dos variables aleatorias (0.020) que significa que las diferencias de calendario aumentan con el número de hijos, resultado fácil de admitir. Esta formulación multinivel de un modelo de las descendencias alcanzadas presenta la enorme ventaja de distinguir varios orígenes para la parte no explicada del modelo. Al introducir nuevas variables, individuales o regionales, algunos de los componentes aleatorios se van a reducir. Desde entonces estaremos en condiciones de decir si tal variable contextual influye sobre el calendario o las descendencias alcanzadas; o si sólo reduce las diferencias entre municipios. Además, al asociar datos contextuales en el nivel de observación que les corresponde, el análisis multinivel permite calcular su exacta contribución.

Resultado 1. Modelo incondicional de dos niveles

$$\text{hijo_viv}_{ij} \sim N(XB, \Omega)$$

$$\text{hijo_viv}_{ij} = \beta_{0ij}\text{cons}$$

$$\beta_{0ij} = 2.446(0.014) + v_{0j} + e_{0ij}$$

$$[v_{0j}] \sim N(0, \Omega_v): \Omega_v = [0.194(0.011)]$$

$$[e_{0ij}] \sim N(0, \Omega_e): \Omega_e = [6.093(0.020)]$$

$$-2*\text{loglikelihood(IGLS)} = 872,673.400(187,493 \text{ of } 187,493 \text{ cases in use})$$

Resultado 2. Modelo incondicional de tres niveles

$$\text{hijo_viv}_{ijk} \sim N(XB, \Omega)$$

$$\text{hijo_viv}_{ijk} = \beta_{0ijk}\text{cons}$$

³⁴Esta inconstancia de la varianza se debe principalmente al carácter transversal de la información en la medida en que no se sigue a las mujeres hasta el final de su vida fecunda, como lo exigiría el análisis de la reproducción. En la fecha del censo, medimos fragmentos de fecundidad retrospectiva de mujeres de diversas edades a la fecha del censo.

$$\beta_{0ijk} = 2.491(0.016) + \nu_{0k} + \nu_{0jk} + e_{0ijk}$$

$$[\nu_{0k}] \sim N(0, \Omega_\nu): \Omega_\nu = [0.075(0.012)]$$

$$[\nu_{0jk}] \sim N(0, \Omega_\nu): \Omega_\nu = [0.109(0.010)]$$

$$[e_{0ijk}] \sim N(0, \Omega_e): \Omega_e = [6.094(0.020)]$$

$$-2*\text{loglikelihood(IGLS)} = 872,555.500(187,493 \text{ of } 187,493 \text{ cases in use})$$

Resultado 3. Modelo considerando la variación individual debida al calendario de la fecundidad

$$\text{hijo_viv}_{ijk} \sim N(XB, \Omega)$$

$$\text{hijo_viv}_{ijk} = \beta_{0ijk}\text{cons} + \beta_{li}\text{edad_fec}_{ijk}$$

$$\beta_{0ijk} = -0.042(0.004) + \nu_{0k} + \nu_{0jk} + e_{0ijk}$$

$$\beta_{li} = 0.159(0.000) + e_{lij}$$

$$[\nu_{0k}] \sim N(0, \Omega_\nu): \Omega_\nu = [0.005(0.001)]$$

$$[\nu_{0jk}] \sim N(0, \Omega_\nu): \Omega_\nu = [0.003(0.000)]$$

$$\begin{bmatrix} [e_{0ijk}] \\ [e_{lij}] \end{bmatrix} \sim N(0, \Omega_e): \Omega_e = \begin{bmatrix} 0.034(0.001) \\ 0.020(0.000) \quad 0.014(0.000) \end{bmatrix}$$

$$-2*\text{loglikelihood(IGLS)} = 628,714.600(187,493 \text{ of } 187,493 \text{ cases in use})$$

Resultado 4. El modelo multinivel completo

$$\text{hijo_viv}_{ijk} \sim N(XB, \Omega)$$

$$\text{hijo_viv}_{ijk} = \beta_{0ij}\text{cons} + \beta_{ij}\text{edad_fec}_{ijk} + \beta_{2k}\text{sabe leer}_{ijk} +$$

$$-0.87654(0.00484)\text{soltero}_{ijk} +$$

$$0.00306(0.00682)\text{indigen}_{ijk} + -0.00025(0.00007)\text{ingr_hogar}_{ijk} +$$

$$0.00039(0.00020)\text{dist_prom}_{jk} + -0.00001(0.00008)\text{q1_90}_{jk} +$$

$$-0.01744(0.00323)\text{sal_prom}_{jk} + 0.00005(0.00003)\text{pbt_ca}_{jk} +$$

$$-0.00165(0.00030)\text{pp_ana20}_{jk}$$

$$\beta_{0ijk} = 0.99831(0.01306) + \nu_{0jk} + e_{0ijk}$$

$$\beta_{lg} = 0.14157(0.00099) + \nu_{ijk} + e_{lij}$$

$$\beta_{2k} = -0.26978(0.00727) + \nu_{2k}$$

$$[\nu_{2k}] \sim N(0, \Omega_\nu): \Omega_\nu = [0.00000(0.00004)]$$

$$\begin{bmatrix} [\nu_{0jk}] \\ [\nu_{ijk}] \end{bmatrix} \sim N(0, \Omega_\nu): \Omega_\nu = \begin{bmatrix} 0.00189(0.00021) \\ -0.00137(0.00010) \quad 0.00114(0.00006) \end{bmatrix}$$

$$\begin{bmatrix} [e_{0ijk}] \\ [e_{lij}] \end{bmatrix} \sim N(0, \Omega_e): \Omega_e = \begin{bmatrix} 0.04312(0.00063) \\ 0.00749(0.00033) \quad 0.01206(0.00008) \end{bmatrix}$$

$$-2*\text{loglikelihood(IGLS)} = 588,060.50000(187,458 \text{ of } 187,493 \text{ cases in use})$$

El siguiente modelo (véase resultado 4) ilustra este procedimiento; se construyó para defender el argumento metodológico más que para predecir con precisión la fecundidad. Se conservan las variables aleatorias anteriormente definidas, se introducen factores fijos, algunos individuales: la soltería (*soltero*), el bilingüismo (*indigen*), los ingresos del hogar (*ingr_hogar*), otros contextuales: la distancia promedio a las carreteras (*dist_prom*), la mortalidad de los niños de menos de un año (*ql_90*), el ingreso promedio en el municipio (*sal_prom*) y el producto bruto total per cápita (*pbt_ca*), así como la proporción de analfabetos a los 20-24 años (*pp_ana20*). Pero sobre todo esa formulación del modelo introduce una nueva variable aleatoria ν_{3k} asociada con la influencia individual del alfabetismo (*sabe leer*) que pone a prueba la hipótesis de que el impacto de la educación de la madre sobre la descendencia varía entre un espacio étnico y otro. No es éste el caso, pues la variable aleatoria asociada no es significativamente diferente de cero. Los parámetros también demuestran que los efectos dejan de ser todos significativos, a pesar de lo que hubiera llevado a concluir el modelo manejado en un solo nivel. Así pasa con la mortalidad de los niños³⁵ y en menor medida con el producto bruto per cápita. En cambio, la influencia negativa del ingreso municipal se mantiene incluso después de controlar las variaciones individuales del ingreso familiar. Es decir que aparece un efecto contextual del ingreso local promedio que se añade al efecto del ingreso individual. Para nuestro propósito, el resultado que interesa es cómo se borra la influencia del bilingüismo sobre la descendencia alcanzada una vez que se controlan las demás variables del modelo. Esta conclusión vale para varias formulaciones del modelo y confirma con precisión que el hecho de declararse indígena no tiene influencia marcada sobre la fecundidad, si se mantienen iguales todas las demás influencias.

Este cuadro no sería completo sin examinar los diversos componentes aleatorios del modelo. Todos difieren de cero significativamente, excepto ν_{2k} que suponía una posible diferencia de reacción de la fecundidad al analfabetismo de una región a otra. La relación entre las variaciones del calendario y la descendencia promedio se mantiene bastante estable, así como las partes respectivas de la variación individual y la variación municipal. A pesar de los tests que indican un mejor ajuste, la parte inexplicada de la ecuación individual cambia poco (incluso aumenta para la descendencia promedio). En cambio, la varianza de las diferencias municipales se re-

³⁵ Cuya incidencia probablemente quede englobada en la del ingreso promedio municipal, que reduce la varianza de la descendencia promedio entre los municipios pero muy poco la que existe entre los individuos.

duce de manera importante.³⁶ Afinar este modelo exigiría un estudio específico, pero desde ahora, el resultado que nos interesa registrar es la falta de incidencia de la pertenencia étnica.

Algunos aspectos culturales

En términos estadísticos, la escolaridad y la alfabetización discriminan mejor el grupo de las personas bilingües que cualquier otro carácter (excepto la localización geográfica); ya que, para el conjunto del país y en términos relativos, hay tres veces más analfabetas entre ellas. De manera más asombrosa, este efecto de una escolarización básica es prácticamente constante de un territorio a otro, incluso ahí donde la presencia indígena es reducida. Tomando en cuenta la diversidad étnica constatada hasta ahora, esos resultados expresan muy probablemente el éxito de una larga política indigenista de integración compartida por todos: la escuela contribuye a debilitar la práctica de las lenguas vernáculas e incluso acaso el sentimiento de pertenencia étnica. Los parámetros probabilistas estimados por el modelo logístico se vuelven particularmente adecuados para esta interpretación. En efecto, saber leer reduce casi en 60 por ciento la probabilidad de proclamarse bilingüe, cada nivel de estudio que se añade la reduce en 40 por ciento. La política de integración a través de la escuela resultó notablemente exitosa.

Las *decisiones matrimoniales* de la población bilingüe favorecen nítidamente las uniones más precoces: los solteros son 32 por ciento de las personas bilingües de 12 años o más, pero 45 por ciento del resto de los mexicanos de las mismas edades. Controlar la edad y el género sólo reduce muy poco esta tendencia que retrocede nítidamente si se toma en cuenta la residencia rural mayoritaria, en sí misma poco propicia a la soltería, pero en este caso permanece una marca distintiva de las personas bilingües (ser soltero disminuye en 27 por ciento la probabilidad de declararse indígena, según el modelo identitario). Asimismo, la unión libre es dos veces más frecuente, al igual que el matrimonio exclusivamente religioso (más de 8 por ciento entre los indígenas, contra menos de 2 por ciento en el resto de la población). Los casos de separación se equilibran en los dos grupos pero el divorcio se practica menos en el primero (los indígenas), posiblemente por el mayor significado religioso de la unión. Afectadas por una mortalidad más alta, las uniones indígenas rotas por

³⁶ Conviene señalar que la formulación del presente modelo difiere sensiblemente de la del anterior ya que no se introduce variación del promedio por grupo étnico al lado del promedio municipal.

la muerte de uno de los esposos son más frecuentes; la viudez afecta a seis veces más mujeres que hombres.

La forma de la unión sobrentiende prácticas culturales que parecen distinguir claramente a los individuos bilingües, pero el análisis por etnia nos recuerda que no estamos frente a un conjunto homogéneo. Por un lado, las proporciones de unión libre presentan fuertes variaciones de un lugar a otro, y eso en todo el territorio, y por otro lado, la unión libre no es siempre ni en todas partes la elección privilegiada de las personas bilingües. El cuadro 1 incluido en anexo presenta estas reparticiones territorio por territorio; sugiere una lectura geográfica pero de contornos aproximados: los grupos occidentales (especialmente huicot y tarahumara) prefieren por lo general la unión libre; en el oriente del país, la diferencia es menos marcada, lo cual parece indicar que las poblaciones indígenas adoptan menos esta práctica. Uno piensa en la similar configuración espacial del protestantismo, pero el hecho de introducir esta preferencia religiosa individual prácticamente no cambia la distribución étnica de la unión libre.

La composición de la familia. La población indígena en su conjunto demuestra una preferencia marcada a favor de la unidad reproductiva sencilla: 81.4 por ciento de los jefes de familia encabezan una familia nuclear, contra 78.4 por ciento de los otros, no indígenas. Este ligero predominio está compensado más por el retroceso de las familias “ampliadas” (17.7 por ciento entre los jefes de familia bilingües, contra 22.4 por ciento entre los otros) que por el de las familias “compuestas” (en proporciones equivalentes en los dos estratos), más escasas en general. Por último, las personas que viven solas son nítidamente más numerosas entre los indígenas declarados. Esta configuración perturba un poco la idea de una familia indígena más rural y tradicional, que podíamos suponer más compleja. En realidad, en las zonas rurales dominan las familias nucleares,³⁷ mientras la urbanización va acompañada casi siempre por una mayor complejidad de las estructuras familiares. De tal manera que la relativa atomización de las familias indígenas proviene en primer lugar de su “ruralidad” dominante; con un ligero aumento de esta preferencia, sin embargo, en las localidades de menos de 15,000 habitantes. Más allá, se observa lo contrario: en las ciudades, las familias indígenas se vuelven nítidamente más complejas (cinco a 10 puntos de unidades nucleares menos, compensados por un aumento de misma proporción de las familias comple-

³⁷De 80 por ciento de familias nucleares en las localidades de menos de 1,500 habitantes a 72 por ciento en las grandes ciudades: entre los dos contextos, las familias ampliadas pasan del 13 al 20 por ciento.

jas), al tiempo que surge un ligero aumento del número de las personas solas. Este fenómeno sólo concierne a una minoría y pesa muy poco en el conjunto nacional; podría ser el resultado de agrupamientos familiares operados a raíz de la migración hacia las ciudades y que también se observan entre los que emigraron a Estados Unidos (Delaunay, 1998). Cabe añadir, por fin, que hay menos familias bilingües encabezadas por una mujer (13 por ciento contra 16 por ciento), y en cambio una feminización de la categoría "otros familiares".

Una adhesión más amplia a la *religión protestante o evangélica* caracteriza a la población indígena: entre sus adeptos, encontramos proporcionalmente dos veces más personas bilingües (15.6 por ciento, contra 7.5 por ciento). El ateísmo también es declarado con más frecuencia, sin que podamos afirmar que oculta el apego a las creencias vernáculas prehispánicas o sincréticas. Sin embargo, la dimensión étnica no parece ser exclusiva en la difusión del protestantismo, que se fortalece en la cercanía de los Estados Unidos, especialmente de Texas. Esta pertenencia religiosa tiene una geografía que se traduce por una fuerte implicación de las etnias mayas, incluyendo Chiapas y la parte oriental de Oaxaca, los totonacas en menor medida, pero asociada con las prácticas religiosas tradicionales y/o el ateísmo, especialmente entre los popolucas. Esta penetración globalmente mayor no significa que el protestantismo siempre y en todas partes haya convencido más a las poblaciones indígenas ni que el proselitismo tenga preferencia por las comunidades indígenas. En territorio zoque o zapoteco, por ejemplo, encontramos más protestantes entre las personas que no se declaran indígenas. En los municipios que pertenecen a las etnias occidentales, huicot y tarahumara, fuera de las zonas de extensión del protestantismo, las poblaciones bilingües lo ignoran todavía más que las otras. Sin embargo, son excepciones pues en la mayoría de los casos, e incluso en regiones mezcladas, se puede notar una clara inclinación de los indígenas a su favor. Es particularmente fuerte en el área chol (20 por ciento de no indígenas son evangélicos, contra 34 por ciento de las personas bilingües), chinanteca (8 por ciento contra 16 por ciento), maya (7 por ciento contra 14 por ciento), mazateca (3 por ciento contra 6 por ciento), pame/otomí (6 por ciento contra 9 por ciento), popoluca (10 por ciento contra 15 por ciento); la diferencia se reduce en territorio tzotzil, totonaca, tzeltal (21 por ciento *versus* 23 por ciento) y zapoteco. Si bien el catolicismo es mayoritario en todas partes, no son sistemáticamente los indígenas los que menos lo practican. Las dos terceras partes de la población bilingüe

en territorio zoque practican esta religión, mientras involucra a menos de la mitad de los que sólo hablan español. La misma situación se repite en zonas mixe y zapoteca, pero con una reducida diferencia, unos puntos sobre porcentajes altos. Es más revelador, probablemente, el ateísmo en tierras indígenas, en la medida en que lo declaran casi exclusivamente los pobladores bilingües: ocho o nueve veces más en territorio tzeltal y huicot, zapoteco, popoloca (en términos relativos) y tres veces más en tierras zapoteca, maya, mixteca, náhuatl, para citar sólo a unos pocos.

Estas variables más “culturales” (educación, elecciones matrimoniales y religiosas) son, en términos estadísticos, las más significativas, si no es que las únicas, para distinguir a las poblaciones bilingües. La observación vendría a confortar el reconocimiento de una “civilización” indígena, en el origen de especificidades demográficas: la escolaridad y el matrimonio, por ejemplo, tienen una incidencia inmediata en la reproducción, a través de la fecundidad y la mortalidad de los hijos. Sin embargo, el análisis estadístico individual desmiente en parte esta conclusión culturalista: muestra una configuración tanto territorial cuanto étnica del protestantismo, revela que algunas prácticas matrimoniales expresan más el repliegue hacia una sociedad doméstica rural que elecciones culturales, y sobre todo, demuestra que la escuela republicana debilita la importancia del marcador lingüístico sin negar necesariamente otros valores identitarios, o disuadir otras prácticas comunitarias.

La actividad económica y los ingresos

La *actividad* no es un componente fuerte del perfil estadístico de la población bilingüe. La proporción de los que trabajan es similar en los dos grupos, y eso sigue siendo válido para la categoría de los que no trabajan por razones indefinidas. Mucho más numerosas son las personas bilingües desempleadas después de haber tenido un trabajo (1.2 por ciento entre los indígenas, contra 0.9 por ciento entre los otros) pero el desequilibrio se revierte en el caso de los desempleados en busca de un trabajo (0.8 por ciento contra 1.2 por ciento); distinción, ésa, quizá demasiado fina o equívoca para que saquemos conclusiones. Las únicas dos categorías que presentan diferencias reales son los estudiantes, mitad menos presentes entre los indígenas (8.6 por ciento contra 17 por ciento) y sobre todo la categoría de “quehaceres domésticos”, que incluye al 40 por ciento de la población indígena (31 por ciento del resto). Esa economía familiar es pro-

bablemente el rasgo más sobresaliente del pueblo indígena, por ser ubicada en zonas rurales a veces aisladas. El salariado es minoritario: sólo la cuarta parte se dedica a él, mientras que el 62 por ciento de los no indígenas son empleados u obreros. Es señal de precariedad, ya que el empleo de peones y jornaleros abarca a dos activos bilingües de cada 10, y sólo a uno entre el resto de la población. Más aplastante aún es la proporción de personas que trabajan por su cuenta, prácticamente la mitad (49 por ciento) de la población activa indígena, sólo 22 por ciento de la no indígena. No son los empresarios, muy poco representados (menos del 1 por ciento del primer grupo, 2.5 del segundo), los que hacen la diferencia.

La *discriminación profesional* entre las dos poblaciones en 1990 queda mejor descrita con las categorías del censo, cuyo estudio subraya el déficit de indígenas en las profesiones calificadas, es decir, en general, los oficios de los sectores secundario y terciario. Contamos en la población indígena seis veces menos profesionales (0.5 por ciento contra 2.9 por ciento), técnicos (0.6 por ciento contra 3.5 por ciento), una cuarta parte menos de educadores (2.8 por ciento contra 3.8 por ciento), la quinta parte del efectivo de funcionarios y administradores (0.5 por ciento contra 2.6 por ciento), menos artesanos y personas ocupadas en las industrias de transformación (11.3 por ciento contra 16.1 por ciento), una baja proporción de obreros (1.4 por ciento contra 5.4 por ciento), cinco veces menos burócratas de nivel intermedio y bajo (1.9 por ciento contra 10.1 por ciento), dos veces menos comerciantes o dependientes de comercio (4.7 por ciento contra 9.8 por ciento) pero aproximadamente la misma proporción de vendedores ambulantes (2.0 por ciento contra 2.1 por ciento), dos veces menos personal de las fuerzas armadas (1.0 por ciento contra 1.9 por ciento). Sólo dos categorías compensan estos desequilibrios: los trabajadores de los servicios domésticos (3.6 por ciento de la población indígena, contra 2.7 por ciento) y sobre todo la población ocupada en la agricultura, silvicultura, caza y pesca (60.1 por ciento contra 18.9 por ciento, es decir tres veces más).

Una comparación global de los *ingresos* muestra una tremenda desigualdad en contra de la población bilingüe, pero que nos remite a las desventajas antes señaladas: la residencia en regiones económicamente desfavorecidas en primer lugar, un déficit educativo y de capacitación profesional y ocupaciones poco remuneradoras. Si calculamos las remuneraciones individuales de la PEA³⁸ bilingüe en las principales categorías de

³⁸ Personas de 12 años o más, ocupadas o desempleadas.

ocupación, encontramos que la artesanía y las actividades agropecuarias son poco discriminatorias. Otras no lo son en absoluto: las profesiones liberales, los servidores públicos de nivel bajo, los militares o los “cantineros”.³⁹ Esta distribución también implica que el diagnóstico se dificulta por el bajo número de indígenas involucrados en algunos oficios, lo cual genera un margen de incertidumbre estadística que impide definir con rigor las desigualdades en las profesiones menos corrientes.

Cuando entramos a examinar las diferencias regionales de remuneración, resulta claro que la pobreza relativa de la población bilingüe se debe, en buena medida, a su ubicación en regiones desfavorecidas. Las diferencias nacionales observadas entre las dos poblaciones son fuertes: 1.21 salarios mínimos para los indígenas activos⁴⁰ de más de 12 años, contra 2.63 por ciento para los otros. Pero una vez controlados los efectos de los territorios étnicos, la brecha, de 2.2/1, se reduce a 1.5/1 y, más aún, la variable étnica deja de ser significativa ($p = 0.31$), aunque sea probable. Algunos lugares no presentan diferencias entre los dos grupos (tzeltal, pame/otomí, mixe), pero la mayoría sí, especialmente el conjunto de municipios mezclados en los cuales la desigualdad de ingresos, de 1 a 2, no deja ninguna duda estadística. Registremos, pues, sobre todo, que la variación que resulta de las desigualdades regionales es tres veces mayor que la que se asocia al bilingüismo. Es preciso tener presente, sin embargo, que la influencia de la variable étnica desaparece cuando, además de controlar la discriminación geográfica, se comparan tipos de ocupación idénticos⁴¹ (tenemos entonces ocho probabilidades de cada 10 de que el efecto del bilingüismo sea nulo). Algunas brechas se mantienen, caso por caso, en los territorios étnicos, pero son menores y globalmente se compensan. Perjudican a las poblaciones indígenas de los municipios mezclados en las tierras mayas, en la huasteca y la tarahumara; las favorecen en la mayoría de las otras regiones. Aquí topamos con el límite de la muestra censal del 1 por ciento: los márgenes de error son importantes y habría que confirmar varias de las presentes conclusiones. Tienen, sin embargo, el mérito de subrayar la dimensión regional de la pobreza

³⁹Término que abarca a todos los empleados de servicios de restauración, categoría simplificada 81 en la clasificación del censo.

⁴⁰Incluyendo tanto a las personas ocupadas como a las desempleadas.

⁴¹El análisis de la varianza se tropieza con la presencia de varias categorías vacías en la muestra censal, algunas probablemente vacías también en la realidad: es difícil encontrar indígenas que pertenezcan a profesiones liberales en territorio zoque, por ejemplo. Para el análisis que se da como ejemplo, hubo que eliminar los territorios tlapaneco, cuicateco, zoque y chatino y reducirse a las categorías censales 41 (trabajadores de la agricultura, silvicultura, caza y pesca), 52 (artesanos y trabajadores de las industrias de transformación, reparación y mantenimiento) y 71 (comerciantes, dependientes de comercio, agentes de ventas).

indígena y sus potenciales migratorios: si el habitante no puede confiar en la colectividad para restablecer el equilibrio de la economía local, no le queda más que confiar en sí mismo y emigrar hacia contextos más prometedores.

La urbanización y la migración

Si fuera necesario seguir documentando la dificultad de identificar una singularidad demográfica indígena basándose en el bilingüismo, el caso de la urbanización nos proporcionaría un último argumento. La disminución regular de la proporción de personas bilingües al pasar de las localidades rurales a las localidades urbanas es indiscutible. Según la partición en cinco clases que propone el INEGI,⁴² la baja aparece bastante regular: es, además, de misma magnitud en el conjunto de los municipios indígenas y mezclados (véase tabla 2). Entre los dos extremos –localidades rurales y ciudades de más de 500,000 habitantes– esta presencia se va dividiendo aproximadamente en cuatro, tanto en las zonas mezcladas como en las indígenas. Por el contrario, en el espacio de poblamiento no indígena, tiende más bien a subir con la urbanización, de manera clara y en grados muy reducidos. Un conjunto regional de etnias contiguas (zapotecos, chatinos, mixes, y en menor medida popolucas y mazatecos) escapa de esta tendencia. Dichas regiones se ubican en la mitad oriental del estado de Oaxaca o un poco más al norte en el caso de los popolucas. En esa zona muy apartada, hay pocos y dispersos pueblos de más de 2,500 habitantes, y en cuanto a ciudades (2,500-15,000 habitantes) sólo encontramos algunas en la zona zapoteca.

Esta tendencia ilustra también la observación, muchas veces formulada, de que un indígena en la ciudad se siente mexicano, y, por su constancia en cualquier contexto, recuerda los límites del marcador lingüístico. No se trata, por supuesto, de la única dimensión del fenómeno, pero las estadísticas no nos ayudan a aislarlo. Un primer factor es histórico: el mestizaje de la colonización española se concentró en las ciudades. Existe otro factor, migratorio también, pero contemporáneo: hay mexicanos no indígenas que tienen que ir a residir o instalarse en los poblados ubicados en el espacio indígena. Y por último, hay que tomar en cuenta el efecto aculturador del contexto urbano, lugar mestizo debido a la historia colonial –una memoria que no anima a presumir de orígenes étnicos indígenas. El cuadro 2 que describe estas distribuciones es un poco engañoso:

⁴² Los límites adoptados por el INEGI son 2,500, 15,000, 100,000 y 500,000 habitantes, que definen cinco clases o grados de urbanización.

la única ciudad de más de 100,000 habitantes que entra en la categoría de municipio indígena es Mérida, o sea que algunas conclusiones sólo se refieren a su caso particular. En el otro extremo, varios municipios indígenas no contienen una sola localidad de más de 15,000 habitantes, incluso algunos ni siquiera tienen un pueblo de más de 2,500 (huicot). Vale decir que la urbanización de los municipios indígenas sigue siendo un fenómeno excepcional. En 1990, la inmigración de personas bilingües no compensa la llegada de mexicanos no indígenas que aumentan el nivel de mestizaje: 5 por ciento de los indígenas que viven en territorio indio nacieron en otro estado, lo que representa un poco menos de la tercera parte de los inmigrantes, pero nada indica que se trata de una movilidad interétnica. Según las estadísticas municipales, la parte relativa de la inmigración (según el lugar de nacimiento) tiende a disminuir al crecer la importancia relativa de la población indígena: un ajuste lineal da por resultado un 5 por ciento de inmigrantes en el límite inferior de los municipios indígenas (con 27 por ciento de población bilingüe) y ninguno en los asentamientos exclusivamente indígenas. En el polo opuesto, el espacio de los municipios no indígenas favorece la tendencia inversa: la presencia de hablantes de lenguas indígenas aumenta con la urbanización, índice de la preferencia de los migrantes por las ciudades.

CUADRO 1
LA POBLACIÓN BILINGÜE SEGÚN LA URBANIZACIÓN

Tipo de localidad	País	Porcentaje de la población indígena ⁴³			Porcentaje de inmigrantes en las localidades indígenas	
		Municipios no indígenas	Municipios mestizos	Municipios indígenas	Entre los indígenas	Entre los no indígenas
<i>Rurales</i> (1-2,499 habitantes)	18.1	0.21	5.9	67.3	1.8	—
<i>Localidades semiurbanas</i> (2,500-14,999)	10.2	0.24	4.6	51.8	2.0	7.0
<i>Localidades</i> (15,000-99,999)	3.3	0.24	2.0	32.2	5.6	13.0
<i>Ciudades</i> (100,000-499,999)	1.4	0.28	1.9	—	—	—
<i>Ciudades</i> (500,000 y más)	1.6	0.35	1.5	16.4	5.0	13.0

⁴³Calculada con base en la muestra censal de 1990 para los mayores de 5 años que hayan declarado, que usan o conocen una lengua indígena. Las no respuestas no están incluidas en estos porcentajes.

Tomados individualmente, los indígenas migran menos: sólo el 9.4 por ciento de ellos reside fuera de su estado natal, mientras esos migrantes internos conforman hasta la quinta parte del resto de la población mexicana. Pero la brecha se reduce drásticamente si se registran las migraciones según los cambios de residencia en los últimos 5 años, que suman 3.8 por ciento entre personas bilingües y 5.5 por ciento entre los demás. Esta asimetría puede traducir un mayor apego al territorio o a la comunidad de origen o, lo que viene siendo lo mismo, una mayor inclinación a regresar. En cambio, una vez que salieron de la región de origen, los indígenas resultan 1.5 veces más móviles: una tercera parte de ellos cambió de residencia en los últimos cinco años, contra sólo la quinta parte de los demás migrantes. La movilidad en general aumenta entre los ciudadanos, hasta alcanzar a más de la mitad de las personas bilingües en las ciudades de más de 100,000 habitantes (aquí se trata de la migración retrospectiva según el lugar de nacimiento).

CONCLUSIONES

La primera conclusión será para lamentar una carencia: al no disponer de la categoría indígena en la Enadid de 1992 y en la encuesta de 1995, no podemos registrar los primeros cambios del decenio. Por supuesto, el mayor límite del presente estudio es su carácter transversal, reducido al examen de la situación de 1990 que sin duda se habrá modificado. Cuando tengamos el censo de 2000, las preguntas planteadas deberán examinarse de nuevo a la luz de una evolución decenal: el seguimiento longitudinal que se volverá entonces posible permitirá caracterizar mejor el retroceso de las tradiciones lingüísticas o el de la afirmación de identidad que traducen.

El presente trabajo argumenta a favor del interés de tomar en cuenta los contextos regionales para estudiar la demografía indígena. Los resultados justificaron plenamente la utilidad de construir un modelo multi-nivel, juntando las medidas individuales y contextuales, modelo que a veces permitió desmentir las conclusiones del análisis de las solas estadísticas municipales agregadas –cuya modelización siempre es problemática– y siempre las profundizó. Pudimos así poner en evidencia el fuerte peso de las discriminaciones espaciales.

¿Al final, resultó pertinente la categoría étnica? Es preciso ponerlo en duda, pues los censos la miden de una forma que favorece una interpretación ambigua: se mezcla el hecho de ser indígena por el idioma con el deseo de proclamar, o no, ese origen. Este segundo factor sesga hacia abajo

la medición de la población indígena migrante, ya que induce a interpretar ciertas mejoras, como la educación, en términos de una pérdida de identidad que no está para nada comprobada. En cambio, lo que es indudable es que la imagen estadística de la población indígena identificada por este criterio se ve, por lo mismo, desvalorizada. Si la urbanización, la escolaridad, el ascenso socioprofesional incitan a no declararse bilingüe, lo que resulta entonces borrado o subestimado en las estadísticas derivadas del censo es nada menos que la promoción social de la población indígena. De hecho, pero de manera abusiva, estas estadísticas dibujan el perfil socioeconómico de una identidad en negativo, por ausencia de desarrollo; cuando lo cierto es que simplemente no lo pueden registrar si se usa el solo marcador lingüístico.

El segundo motivo de duda es la grave confusión, alimentada por el análisis de estadísticas agregadas, entre la calidad indígena de ser bilingüe y el hecho geográfico de ser indígena del lugar. En otras palabras, las estadísticas municipales tienden a confundir las malas condiciones locales, compartidas por todos los habitantes de un municipio, con la condición indígena. Eso lleva a pintar un retrato desvalorizado de tal condición, puesto que se le atribuye toda la discriminación territorial que, sin embargo, no es propia de los indígenas. El análisis multinivel permite salvar el obstáculo y restablece en su justa dimensión la incidencia real del bilingüismo. Lo que pasa entonces es que esta variable étnica se vuelve poco significativa en términos estadísticos, una vez que se comparan individuos que pertenecen al mismo contexto, la misma categoría socioprofesional. Las descripciones comparadas del poblamiento y la población indígenas ilustran muy bien esta conclusión; siempre y cuando se usen las estadísticas municipales sólo para subrayar las desigualdades geográficas.

Reconocer que los censos deforman la imagen estadística de la población indígena tiene implicaciones para las políticas de población. Tomadas todas las precauciones del caso, los resultados no cuestionan tanto las políticas indigenistas en sí, como el hecho de que se enfocaron en el individuo: ofrecer integración a las personas más que a las regiones favorece la discriminación social de la población indígena en su conjunto; la incita, en caso de migraciones o de ascenso social, a abandonar sus referencias étnicas; y contribuye a disolver la diversidad cultural de México. Según estas conclusiones, sin duda son de aplaudir las orientaciones recientes de las políticas de población que se concentran en los lugares desfavorecidos (Progresía) y toman en cuenta la localización. Si una discriminación positiva ha de ser desarrollada, tiene que ser hacia las regiones margina-

lizadas por la historia, las cuales de hecho abarcan la mayor parte del espacio de poblamiento indígena.

BIBLIOGRAFÍA

- AVELLANEDA DÍAZ, Ximena, 1990, "Los grupos étnicos del estado de Oaxaca", *América Indígena*, 1 (2-3), pp. 343-364.
- BAROU, Jacques, 1993, "Les paradoxes de l'intégration. De l'infortune des mots à la vertu des concepts", *Ethnologie française*, 23 (2), pp. 169-176.
- BARTH, F., 1995 [1969], "Les groupes ethniques et leurs frontières", en *Théories de l'ethnicité*, París, Poutignat et Streiff-Fenart, PUF.
- BATES, D.M. y J.C. Pinheiro, 1998, *Computational methods for multilevel modeling*, Madison, University of Wisconsin.
- BEAUCAGE, Pierre, 1987, "Démographie, culture, politique: la condition indienne au Mexique", *Anthropologie et Sociétés*, 11 (2), pp. 13-31.
- BLUM, A., 1998, "Comment décrire les immigrés? A propos de quelques recherches sur l'immigration", *Population*, núm. 3, pp. 569-588.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, 1987, "La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos", *Papeles de la Casa Chata*, núm. 3, México, CIESAS.
- BRYK, Anthony S. y Stephen W. Raudenbush, 1992, *Hierarchical lineal models: applications and data analysis methods*, Sage Publications, 263 pp.
- CHAMOULX, Marie-Noelle, 1981, *Indiens de la Sierra: la communauté paysanne au Mexique*, París, l'Harmattan, 399 pp.
- CHANCE, John K., 1993 [1982], *Razas y clases en la Oaxaca colonial*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- COURGEAU, D. y B. Baccaini, 1998, "Multilevel analysis in the social sciences", *Population*, núm. 10, pp. 39-71.
- DAUZIER, M., 1997, "Elites indiennes au Chiapas. Création sous influence et réappropriation ethnique, 1970-1995", *Caravelle*, Toulouse, núm. 67, pp. 155-169.
- DELAUNAY, Daniel, 1995a, "Fracturas espaciales de un desarrollo discriminatorio", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. x, núm. 2, pp. 347-374.
- , 1995b, *Familias en la frontera norte*, V Reunión Nacional de Investigación de 1994, "Fécondités mexicaines: le choix des lieux", *Trace*, núm. 26, Demografía (5-9 de junio), México, pp. 42-61.
- , 1998, "La familia mexicana en Estados Unidos", en M.A. Castillo, A. Lattes y J. Santibáñez (eds.), *Migración y Fronteras*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Asociación Latinoamericana de Sociología/El Colegio de México, pp. 79-104.
- DÍAZ-POLANCO, Héctor, 1992, "Autonomía y cuestión territorial", *Estudios Sociológicos*, 10, núm. 28.

- DIGGLE, P., J.A. Tawn y R.A. Moeed, 1998, "Model-based geostatistics", *Journal of the Royal Statistical Society, Serie C*, núm. 47, pp. 299-350.
- EMBRIZ, A. (coord.), 1993, *Indicadores socio-económicos de los pueblos indígenas de México 1990*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- FAVRE, Henri, 1963, "L'intégration socio-économique des communautés indiennes au Mexique", *Revue Tiers-Monde*, núm. 15, pp. 453-469.
- FLORESCANO, Enrique, 1997, "Etnias, estado y nación", *Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 511 pp.
- GOLDSTEIN, H., 1995, *Multilevel Statistical Models*, Londres: Edward Arnold, Nueva York: Wiley.
- GROS, Christian, 1999, "Paradojas de la identidad", *Análisis Político*, núm. 36.
- GUNTHER, Dietz, "Zapatismo y movimientos étnico-regionales en México", *Nueva Sociedad*, núm. 140.
- HIRSCHMAN, Charles, Richard Alba y Reynolds Farley, 1999, "The meaning and measurement of race in the U.S. census: glimpses into the future", *Seattle Population Research Center Working Paper*, núm. 99-15, 27, IX, Seattle, Washington, University of Washington/Seattle Population Research Center.
- HOFFMANN, Odile (s/a) *Jeux de parole et de mémoire autour des mobilisations identitaires (Colombie)*, ronéo.
- HOLIAN, John, 1988, "Community-level determinants of infant mortality in Mexico", *Journal of Biosocial Sciences*, núm. 1, pp. 67-78.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), 1992, *XI Censo General de Población y Vivienda. Resultados definitivos*.
- INI (Instituto Nacional Indigenista), 1994, *Pueblos indígenas de México*. Mixtecos, México, D.F.
- JONES, Kelvyn, 1997, "Multilevel approaches to modeling contextuality: from nuisance to substance in the analysing of voting", en G. Westert y R.W. Verhoeff (eds.), *Place and people: multilevel modelling in geographical research*, Nederlandse Geografische Studies, Utrecht, 227 pp.
- _____ y Craig Duncan, 1995, "Individuals and their ecologies: analyzing the geography of chronic illness within a multilevel framework", *Health and Place*, 1, núm. 1, pp. 27-40.
- KEARNEY, Michael, 1995, "The local and the global: the anthropology of globalization and transnationalism", *Annual Review of Anthropology*, núm. 24, pp. 547-65.
- LE BOT, Yvon, 1994, *Violence de la modernité en Amérique Latine: indianité, société et pouvoir*, París, Karthala.
- LERNER, S. y A. Quesnel, 1994, "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación de la regulación de la fecundidad en México", en F. Alba y G. Gabrera (comps.), *La población en desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, pp. 85-118.

- LESTAGE, Françoise, 1998, "Veinte años de migración en las actas de matrimonio. Los indígenas mixtecos en la frontera México-estadounidense (1977-1996)", en *Notas Censales*, núm. 4, Aguascalientes, INEGI.
- MAC LEAN ESTENOS, Roberto, 1960, "Status socio-cultural de los indios de México I/Exégesis Histórica II/Los grupos indígenas su hábitat y su economía", *Revista Mexicana de Sociología*, XXII, núm. 1, pp. 23-37.
- MARINO FLORES, Anselmo, 1963, *Distribución municipal de los hablantes de lenguas indígenas en la República Mexicana*, México, SPA/INAH.
- MARTÍNEZ LUNA, Jaime, 1995, "¿Es la comunidad nuestra identidad?", *Ojarasca*, núm. 42-43, pp. 34-38.
- MATAMOROS PONCE, Fernando, 1998, *Mémoires et utopies au Mexique: mythes, traditions et imaginaires indigènes dans les guerres du Néo-Zapatisme*, París, Edition Syllepse, 206 pp.
- MEDINA, Andrés, 1998, "Los pueblos indios en la trama de la nación: notas etnográficas", *Rev. Mex. de Sociología*, 60, núm. 1.
- NOIN, Daniel, 1988 [1979], *Géographie de la population*, París, Masson, 320 pp.
- OLIVEIRA ORTIZ, Mercedes y Carmen Valverde, 1982, *La población y las lenguas indígenas de México en 1970*, México, SPA/UNAM.
- PIANTADOSI, S., 1994, "Ecologic bias", *American Journal of Epidemiology*, núm. 139, pp. 761-764.
- POLLARD, Kelvin M. y William P. O'Hara, 1999, "America's racial and ethnic minorities", *Population Bulletin*, 54, núm. 3, septiembre, Washington, D.C., Population Reference Bureau, 48 pp.
- POUTIGNAT, P. y J. Streiff-Fenart, 1995, *Théories de l'ethnicité*, París, PUF.
- POZAS, Ricardo e Isabel H. de Pozas, 1997 [1971], *Los Indios en las clases sociales de México*, México, Siglo XXI.
- RECONDO, David, 1996, "Mouvements indiens et transition politique au Mexique", *Trace*, núm. 30, pp. 67-79.
- ROBINSON, W., 1950, "Ecological correlations and behavior of individuals", *American Sociological Review*, núm. 15, pp. 351-357.
- SCHRYER, Franz J., 1990, *Ethnicity and class conflict in rural Mexico*, Princeton, N.J., Princeton University Press.
- SCOTT, Cook y Jong-Taick Joo, 1995, "Ethnicity and economy in rural Mexico", *Latin American Research Review*, 30, núm. 2, pp. 33-59.
- SPIRE, Alexis y Dominique Merllié, 1999, "La question des origines dans les statistiques en France. Les enjeux d'une controverse", *Le Mouvement Social*, núm. 188 (julio-septiembre), París, France, pp. 119-30.
- STAVENHAGEN, Rodolfo, 1996, "Las organizaciones indígenas: actores emergentes en América latina", *La palabra y el hombre*, núm. 17, pp. 59-78.
- , 1992, "La cuestión étnica: algunos problemas teórico-metodológicos", *Estudios Sociológicos*, x, núm. 28, pp. 53-76.

- VALDÉS, LUZ M., 1988, *El perfil demográfico de los indios mexicanos*, México, Siglo XXI Editores, 160 pp.
- y M. Teresa Menéndez, 1987, *Dinámica de la población de habla indígena, 1900-1980*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Serie Demografía Étnica), 110 pp.
- VARIOS AUTORES, 1985, "¿Existe demografía étnica?" (mesa redonda), México, UNAM, Coordinación de Humanidades.
- WADE, Peter, 1997, *Race and ethnicity in Latin America. Critical studies on Latin America*, Chicago, Pluto Press.
- WARMAN, Arturo (coord.), 1993, *Movimientos indígenas contemporáneos en México*, México, UNAM, 239 pp.